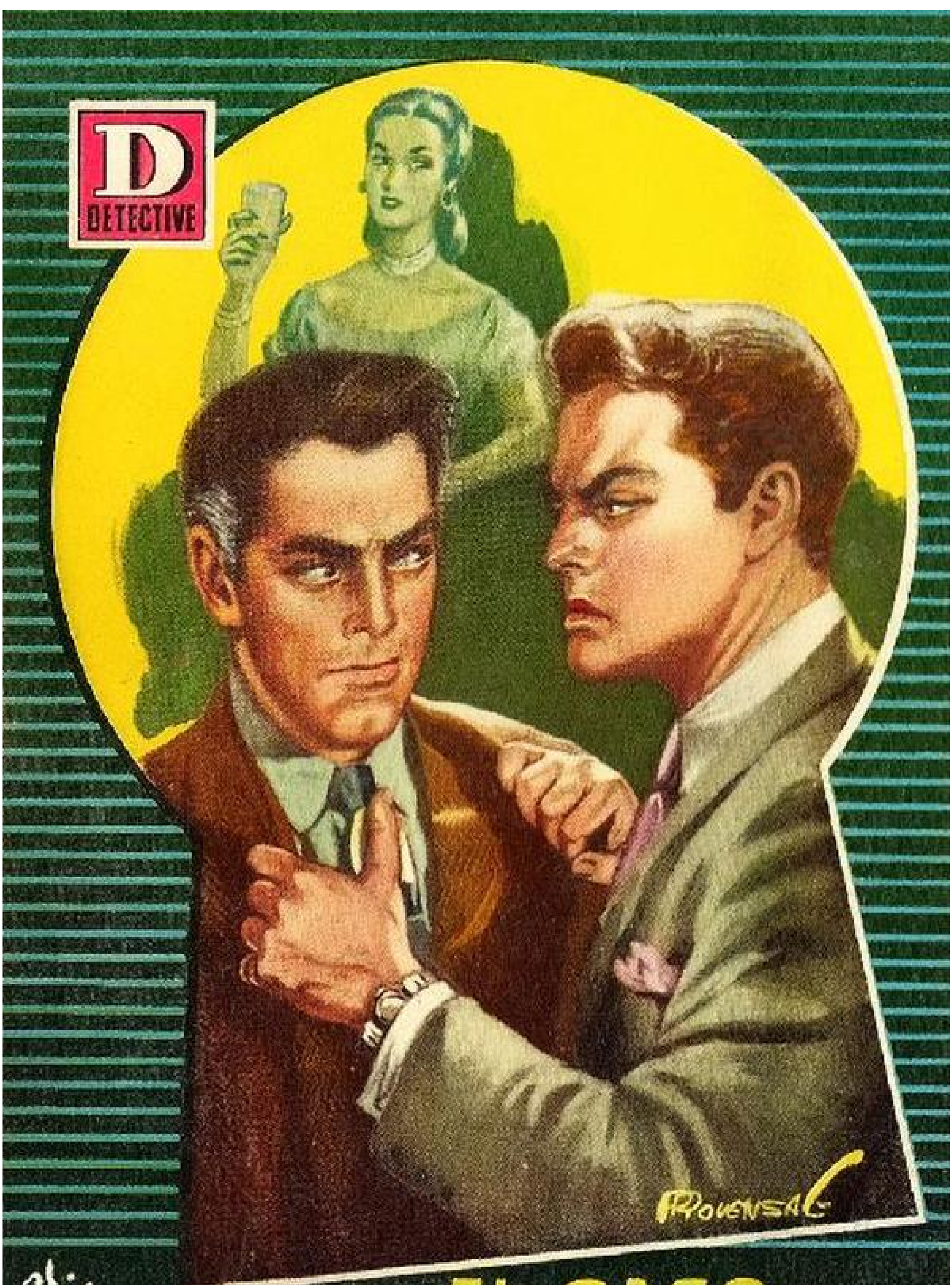


Vic Peterson

EL CASO DE LA POBRE MILLONARIA

Rusty Cradock es un excombatiente de la II Guerra Mundial que luchó en Nápoles y ahora ha regresado a San Francisco. Allí, en la ciudad del Golden Gate, le surge un trabajo extraño. Una millonaria le contrata para que investigue a su prometido, el cual está a punto de divorciarse de su primera mujer, una napolitana caprichosa y con carácter. Curiosamente, el mejor amigo y compañero de Rusty es otro napolitano, un peculiar y enredador hombrecillo, Conrado «Dino» Arbiroyan. Todo pronto se complicará ya que Rusty ha regresado a San Francisco con la idea de vengarse de un antiguo socio que le robó toda una fortuna aprovechando que Rusty había sido movilizado para acudir al frente. Por supuesto, el enredo irá *in crescendo* con la actitud extraña de la millonaria, con las veleidades de la napolitana despechada y con las maquinaciones torticeras del campechano Dino. El prometido será acusado de asesinato de un hombre que estaba con su exmujer y también Rusty se verá comprometido por el asesinato de una mujer. Una venganza, mientras tanto, se está cocinando alrededor de Rusty Cradock sin él darse cuenta teniendo mucho que ver con su estancia en Nápoles durante la guerra…



Vic Peterson

El caso de la pobre millonaria

Detective - 28

ePub r1.0
LDS 01.05.19

Título original: *That poor millionaire*
Vic Peterson, 1953
Traducción: Mariano Ferrer
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso de la pobre millonaria
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

Capítulo primero

SE ALQUILA UN EX COMBATIENTE

1

Rusty Cradock examinó la cuenta.

—Es la costumbre los sábados, señor —pareció excusarse el gerente.

—Una excelente costumbre para los que cobran el sábado, pero me abonan las rentas el martes. ¿Hay inconveniente en que los dos esperemos hasta el martes?

—Ninguno en absoluto, señor. Además usted se hospedó en nuestro hotel el miércoles. Le presentaremos la cuenta el martes, señor. Espero que el señor no tendrá queja del servicio.

—Ninguna en absoluto. Además, me hospedé el miércoles. No vendré a almorzar.

El gerente permaneció unos instantes filosofando, mientras veía abandonar el vestíbulo del hotel, al elástico atleta de taciturno semblante, y que si no era pródigo en bienes materiales, poseía reservas abundantes de sarcástica amargura.

Otro ex combatiente más, descentrado, librando una segunda guerra en busca de su readaptación al normal ambiente.

2

—… Fui y le dije: «Mira, hijito. ¿Yo no estuve paseando las Asías

y las Europas montado en un tanque, para que ahora vengas a ofrecerme un empleo de "pasalistas" de tienda? Conque abur».

—Esto es lo malo, Jim. Los empleos que tienen para nosotros son pacíficos, aburridos y mal pagados. Pero no hay más remedio que ir pensando en dejarnos de bobadas. La guerra terminó hace cerca del año, y la próxima está a más distancia que el bisté diario. Conque no hay más remedio que ir pensando en dejarnos de bobadas.

Rusty Cradock, en aquella cantina para ex combatientes, escuchaba distraídamente desde una mesa cercana. En rededor, siempre el mismo disco.

Muchachos acostumbrados durante unos años a tenerlo todo servido: vestuario, pitanza y los pequeños vicios, sin preocuparse por el mañana, porque el olor a pólvora impedía dedicarse a reflexionar sobre el porvenir.

Y en algún rincón íntimo de su segundo yo, imparcialmente, reconocía que como siempre, salvo algunos casos de mala suerte, eran los ineptos o apocados, los que se quedaban atrás.

No se consideraba ni mucho menos un apocado, pero sí un carácter rebelde a seguir los senderos normales.

Se marcharon sus vecinos, y Cradock hojeó distraídamente el mazo de periódicos agujereados en su margen izquierda por la larga varilla compresora.

Un servició barato: café, tostadas y los periódicos del día, por veinte centavos. De algo valía el haber sido superviviente de las caminatas anfibias desde el Norte de África, pasando por Sicilia y Nápoles, hasta enlazar con el relevo francoinglés.

Era necesario obtener un empleo, aunque sólo fuera provisionalmente, hasta que «soltara la última descarga». Para los demás habría ya sonado la hora del armisticio, once meses antes.

Pero para él, no.

«GUARDIAN nocturno, almacenes pescado…».

Odiaba el olor a salmuera.

«GRAN PORVENIR ofrece venta a comisión…».

Repicar puerta tras puerta, no encajaba en su temperamento.

Necesitaba un empleo. El martes tenía que pagar el hotel, y tenía que permanecer en San Francisco, hasta que lo encontrara.

Bastaba el cargador de seis. Andrew «Slim» Hamilton, después de la «faena» no sería tan generosamente imprudente, como para transitar a solas.

Tendría, seguramente, a un par de mozos bravos, guardándole la fachada. Pero si él había estado meses disparando contra desconocidos que le tenían sin cuidado, y a los que sólo procuraba aventajar para no abonar con sus huesos tierra italiana, ¡con qué placer sentiría incrustarse en su carne los botones de fuego, viendo encogerse y dar el último traspiés a Andrews «Slim» Hamilton, el muy…!

Se olvidó de Hamilton.

Aquel anuncio casi parecía hecho a su medida. Venía encuadrado y con un centímetro de espacio blanco. Un anuncio caro…

«CONTRATO ESPLENDIDO a SOLTERO independiente, buena presencia, EX COMBATIENTE, dominando italiano y poseedor carácter DECIDIDO. Imprescindible AGUDEZA MENTAL. Abstenerse curiosos».

«Telefonear 9 a 10 al
7753-TP.
10 a 11, al
1267-THM.
Mismas horas y teléfonos, por la noche».

Rusty Cradock consultó el reloj de pared. La cantina cedía gratuitamente el derecho a tres minutos de teléfono.

Le tocaba, probar suerte al
1267-THM.

3

Al sur de la ciudad, el distrito The Mission, residencial, poseía

casas de inspirada contextura, porque en ellas se habían esmerado arquitectos españoles y franceses, que impusieron su buen gusto contra las insinuaciones de los enriquecidos aventureros de la segunda mitad del XIX.

«Forrest Manor» era una de las residencias que se habían salvado de los tres peligros que asolaron San Francisco: el incendio, el terremoto y el mal gusto de los que espiritualmente dedicados a fabricar millones, no habían tenido tiempo para distraer su espíritu en superfluos e improductivos estudios.

El título de «Manor» lo justificaba la británica distribución arquitectural, exigida por el británico Forrest, enriquecido en la venta de equipos para mineros.

Algunos tapices de la mansión ostentaban el escudo que orgullosamente se empeñó el primer Forrest en considerar blasón: un cedazo y una pala.

De las tres generaciones siguientes de Forrest, sólo quedaba Susan Forrest. Un sino adversamente irónico en su paradoja, había decidido que el creador de los millones Forrest, conviviendo entre aventureros de fácil gatillo, muriera en su lecho, por natural senilidad.

Los restantes Forrest tuvieron muertes accidentadas: un naufragio, un asalto a diligencia, el incendio sorprendiendo fuera de su residencia a los segundos Herederos, y la caída de un avión, contribuyeron a dejar solitaria en compañía de varios millones de dólares a Susan Forrest.

El club de los «400» calificaba a Susan Forrest de «Venus Chismosa».

Ésta era la personalidad indiscutible de la que por sexta vez cogió el teléfono que le tendía su muy particular secretario Noah Benson.

La criba efectuada por Noah Benson siguiendo las instrucciones de su ama, había eliminado a sesenta y cuatro aspirantes al «contrato espléndido».

Sólo tres habían recibido la esperanza de obtener el empleo, siendo citados a distintas y primeras horas de la tarde.

Susan Forrest, esgrimiendo un lapicero de oro, trazó un punto al lado de la primera pregunta del cuestionario escrito, a la vez que en perfecto italiano, inquiría:

—Tenga la bondad de contestar con precisión y veracidad. Sus nombres, por favor.

4

—Rusty Cradock.

—Edad, oficio, estudios.

—Veintiocho, agente de seguros antes de la guerra; diplomado en técnica comercial, también antes de la guerra.

—Dígame de qué región italiana soy, señor Cradock.

—Lo aprendió perfectamente en Campania, posiblemente entre Capri y Nápoles, señora.

—…

—¿Por qué «señora»? Todavía no están dotados de televisión los teléfonos.

—…

—Una voz de mujer es siempre la de una dama, mientras no me demuestre lo contrario.

—Dígame los deportes que ha practicado.

—Natación, carrera a pie, lucha muy libre, tiro al blanco siendo también blanco de tiro, y actualmente el ayuno alternado.

—Anoté la siguiente dirección: 73, Segunda Transversal Twin Peaks. Preguntará al portero por Noah Benson, a las siete de la tarde, en punto.

Susan Forrest colgó. Dijo:

—Creo que encontraré al hombre que necesitamos, Noah.

5

Hasta las siete de la tarde, quedaban ocho largas horas. ¿Quién había tras el
«1267-THM»?
¿Una mujer ofreciendo un empleo normal? ¿Quién era Noah Benson?

Se detuvo apenas atravesado el umbral de la cantina. Ya estaba Conradino haciendo el payaso.

Tenía un apellido, heredado de su padre armenio. Un apellido

complicado, y ésta sería la razón por la que todo el mundo le conocía por Conradino.

El nombre procedía de su materna cuna: Nápoles. Era un granuja simpático, diminuto en falla, macizo en músculos, capaz de grandes acciones heroicas y de astucias viles según le inspirase la persona que le llevase de las riendas.

Y desde que se conocieron en Nápoles el soldado Cradock, y el «lince del mercado negro» como se intitulaba a sí mismo Conradino, éste no tenía más que una finalidad: triunfar con el triunfo de Rusty Cradock.

Por el instante, Conradino estaba girando sobre sí mismo como una peonza, lanzando grititos femeninos. Las voluntarias camareras de la cantina encontraban muy gracioso a aquel hombrecillo de anchas espaldas, de larga nariz, copioso bigote negro, y crespa cabellera.

Una de las imitaciones favoritas de Conradino, era parodiar a la bailarina clásica en la «Muerte del Cisne».

Sus languideces suscitaban carcajadas, porque no tenía nada de equívoco ni femenino. Lo habían comprobado, escapando con dificultad, algunas de las camareras.

Disgustado, Cradock se aproximó. Su ceño, hizo caer el telón.

Conradino se ajustó la corbata, trató de alisar sus cabellos, y comentó:

—El olor a primavera me hace hervir la sangre, Rusty. Te estaba esperando. No te vi entrar.

—Iba a salir. Estaba telefoneando. ¿Es que te gusta hacer el payaso?

Los dos salieron a la calle.

—Me alegra ver en torno a mí, un cerco de ruidosas sonrisas, Rusty. La vida…

—Es un asco. ¿Qué harás cuando se te acabe el dinero? Te tocó la lotería, y te crees que renovarán tu permiso de estancia como turista.

—Me queda aún la cifra de veinte días de permiso turístico, y la cifra menor de dieciocho dólares. Tengo noticias, Rusty, grandes noticias.

Rusty Cradock, que se encaminaba hacia el puente del «*ferry*», donde era agradable tomar el sol ociosamente, se mordió el labio

inferior.

Conradino sabía ya que las palabras saldrían incisivas…

—A veces te estrangularía, Dino, sombra menuda del mayor de los hijos de Satán. Estabas ahí haciendo el payaso, y ahora de pronto, tus malditos ojos dicen que ya lo sabes… Tengo sed.

Rusty Cradock se apoyó en el mostrador de kiosco, una de las cuatro garitas-bar; que parecían prestar servicio de centinela en espera de los sedientos por el largo puente tendido sobre la bahía hacia Berkeley.

—Un jugo de cebada para mi amigo. De fresa para mí —encargó Cradock al camarero—. Es magnífico, Dino. Vuelvo a sentir aquella emoción de los primeros tiempos, cuando arrimado a un paredón medio en ruinas, esperaba el momento de salir corriendo, lleno de pánico y con ganas de acabar cuanto antes.

—La cebada para el asno, y la sangre para el terco bebedor de sangre. ¡Oh, ya sé, Rusty, ya sé! Te jugó una mala faena, muy sucia. Y siendo yo el asno porque te tengo afecto, vas tú a dar el último relincho.

—Cada uno tiene su modo de rebuznar, Dino. Bebe y vámonos. Pagas tú.

Conradino Arbiroyan absorbió el resto del brebaje, y conservando entre los dientes la pajuela, dio una carrerilla hasta alcanzar al que se había sentado en uno de los entrantes del puente.

—Me dijiste que yo había sido el único elemento humano, que te inspiraba amistad, Rusty. Y si esto es así, tengo derecho a opinar, ahora… ahora que te dispones a saltar la trinchera. Debes dejarme que te hable, Rusty.

Había súplica en la gruesa voz del robusto hombrecillo.

—No te lo impido, puesto que estoy esperando que tengas a bien darme tus famosas y grandes noticias que sólo se pueden referir a «Slim» Hamilton, puesto que sabes es lo único que me interesa.

—Cuando Hamilton te hizo la puerca jugada, estuviste como enfermo.

—De rabia. Pero a nadie mordí.

—Me diste la gran prueba de amistad, y me enteré. Yo no pienso discutir tu decisión de matarle, Rusty, pero…

—Llevo meses buscando el paradero de Hamilton. Se esconde. Tú aseguraste que eras un lince en todos los terrenos, y que darías

con Hamilton salvo si se hubiera convertido en polvo. El paisaje es de los que actúan como sedante, y te aprecio mucho, sobrino mimado de Satán, pero llevo meses con un solo deseo.

—Andrews «Slim» Hamilton reside en Oakland.

Rusty Cradock aspiró con placer el aire salobre.

—Te quiero frenéticamente, Dino. Casi cantaría una de tus empalagosas canciones. Anda, cariño, sigue.

—No figura en ningún negocio. Se limita a tener acciones en varios: una pescadería, un bar, un garage y un hotel. Gana dinero a espuertas. No se ha casado, y reside en el hotel.

—¿Qué hotel?

—El sitio mejor para sorprenderle es cierto piso. Lo tiene alquilado una chica que es un bombón trufado. Se llama Cora Wilder. Es de las que justifican toda clase de perdiciones.

Conradino juntó las yemas de su diestra velluda ante los labios, y lanzó un sonoro beso.

El guardia que paseaba lentamente le miró con recelo. Pero Conradino se apresuró a disipar equívocos:

—Hablábamos de mi novia, capitán.

El guardia siguió andando, estólida representación de la inconmovible confianza en su autoridad.

—¿De qué clase es? En mujeres entiendes un rato, Dino.

—¡Pobre de mí! Salvo de mi mamá, no respondo de ninguna. Pero en Oakland, y precisamente en la vecindad de Cora Wilder, se comenta que además de quitarle el seso a cualquier sensato varón, Cora Wilder es decentísima. Tanto, que hasta trabaja. Y si acepta las visitas de Hamilton, es porque está delante una amiga suya que comparte su piso. Las visitas de Hamilton suelen ser de dos clases: cuando, la va a buscar para ir a pasear o de espectáculo y cena, y la de sobremesa.

—¿No dices que trabaja el bombón trufado?

—Por las mañanas, de ocho a dos, como cajera en una agencia naviera donde no tiene Hamilton acciones. Hamilton, que le hace una corte en toda regla, se asoma hacia las tres, toma café supongo, copa y puro, supongo también, y hacia las cuatro es echado a la calle.

—Dino, eres formidable. Hace sólo dos días que no nos vemos, y has carburado como un «reacción».

—Mis payasadas me ganan amigos. Además, soy un lince. A nadie le extraña que Hamilton vaya casi siempre con alguien, ya que sus participaciones en la pescadería, en el bar y en el hotel, así como en el garage, le hacen tratar con muchos individuos. No puede decirse que lleve escolta, pero lo curioso es que siempre tiene cerquita a dos o tres mastodontes. Veo que por tu tierra, Rusty, calibran al hombre por la talla y el peso.

—También yo antes de pasearme por tu patria, y conocerte. Entonces, de tres a cuatro, hay visita privada.

—Casi. Está la amiga, y por el corredor o fisgoneando la escalera y salida de ascensores, se quedan sus acompañantes. Nunca más de tres ni menos de uno.

—Dame la dirección del piso, Dino.

—Calle catorce, en el barrio refinero de azúcar, piso cuarto del número cuatro. No tiene pérdida. El cuatro predomina.

—Como si me lo hubieras grabado al rojo vivo en la sesera, Dino. Yo tengo la plena convicción que no te dejarás llevar por un impresionable concepto equivocado de nuestra amistad…

—No sigas, yanqui. ¿Cómo voy a interponerme, si te estoy dando todos los datos y las medidas para tu fosa? Si mi amistad no te impide matarte, he de dejar que mueras a gusto.

—Tómalo a fanfarronada, pero el que va a morir, es Hamilton.

—¡Ahí está lo malo! Te ganará la última jugada. Si se muere, nada le dolerá. ¿Que tú harás lo posible por escapar? Y yo contigo, pero ¿ése es tu concepto de la sabrosa venganza?

—Queda aún tiempo suficiente para oírte. El «*ferry*» de las dos, tiene de bueno que espera hasta las dos.

—Si se muere Hamilton, nada le dolerá. Hiérele donde pueda dolerle, Rusty. Hazme caso y prueba lo que le sugiero. Hiérele donde le duela. Y contémplale cuando burbujee de hervor furioso. ¿Comprendes la idea?

—No.

—Ir allá y cargártelo, no está mal, porque se lo merece, pero ¿qué ventaja placentera te daría?

—Saber que está tieso.

—Un muerto se queda tranquilo. Ya nada le molesta, ni las moscas. La ganga para ti sería verle rabiar. Ver de hundirle los negocios, ver de sembrarle cizaña por su jardín, darle sudores de

miedo y que eche las muelas. Claro, hay su riesgo, pero ¡vaya juego!

—Estoy casi sin blanca, y tengo que ir aprisa.

—Podemos buscar moneda —dijo, ansiosamente, Conradino.

—¡Lo había olvidado! A las siete, esta misma tarde, pueden quizás ofrecerme la oportunidad de tener dinero. Quieren alquilar a un ex combatiente, de mis condiciones. ¿Sabes que tiene miga lo que acabas de susurrarme, maestro del diablo? Eres grande, Dino.

La diestra de Rusty Cradock masajeó el cogote del italo-armenio, que rió, anchurosa la boca:

—¡Y tanto! Exactamente un metro cincuenta y tres.

CAPÍTULO II

«AMBAS PARTES CONTRATANTES»

1

Las Twin Peaks (Colinas Gemelas) dominaban desde su altura la ciudad y la bahía.

También el hombre que abrió la puerta a las siete de la tarde, después que el portero hubo tomado nota de los nombres del que solicitaba ser recibido por Noah Benson, dominaba desde su altura por una cabeza a Rusty Cradock, que medía un metro ochenta.

Un gigante de ébano. Un hermoso negro de rostro fino, sin abultamiento en los labios ni aplastamiento facial. Vestía un cruzado gris claro, camisa de seda color crema, y corbata azul pálido, del mismo tono que el pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta que poco le debía al sastre en cuanto a anchura.

Calzado de flexible ante azul, Noah Benson, al caminar daba la impresión de un bailarín capaz de hacer malabarismos con un bloque de dos toneladas.

Señaló la cortina, al extremo del pequeño recibidor de aquella planta baja.

No sonreía, pero sus ojos eran amables. Su voz no era cantarina, sino netamente precisa.

—Disponga usted, señor Cradock.

Rusty Cradock dispuso.

Cogió un cigarrillo, y se escanció en una de las copas de grueso

cristal tallado, encima de la bandeja sobre la mesita, unos centímetros escasos de legítimo «Bourbon». Lo paladeó antes de sentarse.

Pudo así apreciar que Noah Benson tenía predilección por el color azul pálido y el gris. Esmalte gris en el mobiliario tubular, azul pálido en las lonas, cortinas y empapelado.

Un salón-biblioteca-bar, que llevaba la garra de un decorador de elevados honorarios.

El silencio, al prolongarse, le hizo adivinar a Cradock que era parte integral del «segundo examen».

Noah Benson miraba furtivamente al que de vez en cuando, husmeaba el ambiente como si percibiera un aroma sutil.

Por fin, Benson, sin sentarse, especificó:

—No me resulta desagradable, apreciar en su silencio, la molestia de tener que tratar con un negro.

—Me acostumbré sobradamente en los cuatro batallones de infantería. Puede que años antes tuviera prejuicios raciales. Los he perdido. Me di cuenta que ante la gran verdad, todas las razas suelen reaccionar de muy parecida manera.

—¿Cuál es la gran verdad, señor Cradock?

—Que vivir es un problema mucho más difícil que acostumbrarse a la idea de morir.

—Puede ser que usted, en la esperanza de conseguir una espléndida remuneración, se comporte diplomáticamente.

Rusty Cradock rió. Tenía un modo especial de hacerlo. Conradino aseguraba que cuando Cradock reía, los perros que estaban por los contornos, se ponían a gruñir con el lomo erizado.

—Oiga, Benson… Usted así a ojo, debe pesar unos noventa, kilos, y más de la mitad los carga entre el estrecho talle y la columna del pescuezo. Si pretende picarme, no lo conseguirá. Yo sólo me pico si me tocan. Si los negros me fueran antipáticos, no me importaría decírselo. Pero da la casualidad, que si disfruto los goces de una deliciosa existencia, se debe, entre otras causas, a que una granada que me iba destinada, la absorbió uno de su color. Se llamaba Abe, y era mi cabo. Jugábamos a los dados, cuando estalló la «piña».

—Resulta extraño que un hombre de sus aparentes capacidades, señor Cradock, esté sin empleo.

—Verá cómo lo comprende pronto, Benson. Los empleos sobran, pero no se adaptan a mis características. Detesto los horarios fijos, y debido a las pagas de licencia, pude, hasta hace poco, vivir en la inconsciente creencia de que no tendría que sucumbir a la vital necesidad de trabajar.

—Sírvase un poco más de *whisky*, señor Cradock.

—No, gracias. Dos dedos me dan algo semejante a euforia, pero más me ponen tétrico. Ya que está tan amable, invíteme a fumar unos cuantos días. Estos cigarrillos son magníficos. Gracias.

Rusty Cradock se colocó en el bolsillo superior un mazo de cigarrillos «Ahdullah 5» y «Grey».

—¿Tiene novia, señor Cradock? Disculpe la indiscreción, pero forma parte de los preliminares.

—Tuve novia en esta ciudad, antes de enrolarme. Se casó con mi pleno consentimiento. Quedamos tan amigos. Tuve novia en Sicilia, pero se murió. Una fiebre tifoidea. Tuve novia en Nápoles, perdón, tuve dos, porque una se complementaba, con la otra. Pero se aburrieron pronto. Por lo visto, si físicamente las atraigo, no sé retenerlas. Y después, salvo algunos amoríos breves, he permanecido asceta. Tenía que vigilar mi presupuesto, y la muchacha más modesta y menos pedigüeña, siempre sale cara.

—Nada más, señor Cradock. Tenga la bondad de seguirme.

Rusty Cradock, en pie, siguió al que en un *ring* de lucha libre, hubiera sido una máxima atracción. Y barruntaba que no sólo en física apariencia, sino también en comportamiento, Noah Benson se hubiera destacado en las más duras deslealtades, tanto sobre la resina como sobre asfalto o alfombras.

Noah Benson abrió una puerta, que daba a un corredor, en cuyo extremo había una jaula metálica. La abrió.

—En el primer piso, segunda puerta a la izquierda, encontrará a la secretaria de la persona que puede proporcionarle un buen beneficio, si sigue demostrando su inteligencia, señor, Cradock.

Cerró Benson, y el ascensor subió. Rusty Cradock se ajustó la corbata, verificando en el espejo que su atuendo deportivo estaba aún pasable.

2

La segunda puerta a la izquierda estaba abierta. Un despacho muy femenino. Esmaltes blancos, empapelado *beige*, paneles laqueados, y el mobiliario tenía reflejos ambarinos.

Permaneció un instante en el umbral. No era muy impresionable, pero aquella secretaria debía proceder de un concurso, donde seguramente había sido una injusticia dejarla en finalista.

Hacía tiempo que había comprendido que la instintiva mirada a las piernas, era una novatada.

La leve blusa se tensaba elocuentemente, y parecía increíble que bajo el turgente desarrollo, hubiera tan escaso perímetro.

Los rubios cabellos cobrizos estaban peinados en desmadejada melena, que se curvaba sobre los hombros. Peinado «a lo paje».

Los ojos densamente obscuros eran descaradamente fríos, inquisitivos. La boca, prosaica y rematadamente sensual, era otro engaño más.

Aquella secretaria era un peligro para la humanidad varonil. Parecía ser puro volcán, y dominaría siempre, porque había algo en ella, que helaba. O acaso era él un receloso amargado, al pensar así…

—Cuando quiera, entrar, señor Cradock, cierre la puerta.

—Al instante. No lo tome a mal, secretaria, pero tendrá usted hartura de provocar alzamientos repentinos. Pudo Benson avisarme, y no le parecería ahora un colegial impresionable.

—De veras que no produce usted esta idea, señor Cradock. Tenga la bondad de sentarse.

—Es curioso —comentó Cradock, sentándose ante ella—. Desde que entré en contacto telefónico con el anuncio, se reitera la fórmula «tenga la bondad»…

—Quizás porque sea una fórmula de estricta cortesía.

Consultó ella sobre su rodilla derecha el block, manteniendo en alto un lapicero de oro.

La falda plisada tenía una voluntaria indiscreción. Rusty Cradock estaba alerta. Consideraba la deliberada provocación femenina de la secretaria como uno de tos «temas» del examen preliminar.

—Hasta ahora, señor Cradock, usted reúne bastantes condiciones. Diré más. De los numerosos candidatos, es el que tiene

un mayor porcentaje de probabilidades. En el cuestionario aquí preparado, hay una pregunta básica.

Rusty Cradock eligió como punto de mira la línea sin ondulaciones mareantes que formaban las largas pestañas. Aquella secretaria poseía unas manos de vibrátil blancura, sin laca en las uñas, pulidas y de uñas almendradas sin punta picuda.

Alzó ella repentinamente las pestañas. Tenía un modo de mirar naturalmente frío. Ahora era artificiosamente insinuante.

—Tengo facultades y atribuciones para contratar. Si lleva usted a buen término una misión, no muy difícil, percibirá diez mil dólares.

Aguardó ella el efecto del doble disparo.

Rusty Cradock asintió con la cabeza, diciendo:

—No. Hay dos errores. Primero, no soy de los que creen que ganándose la secretaria, me gano el mundo. Usted es bonita con avaricia, pero cuando me lo propongo, me arrugo dentro de la concha, y soy un galápago. Vuelva a ponerse vampiresa al final, cuando haya palpado los diez mil, y entonces quizás tire la concha.

—Se las da de psicólogo, señor Cradock.

—Prefiero cometer errores por abstención, antes de pifiar por grotesca presunción.

—Aludió a un segundo error…

—Si fuera fácil, ¿iba la segunda parte contratante a pagar diez mil? Si ganarlos estuviera tan al alcance, ¿para qué tantos requisitos? Hablar italiano, ser ex combatiente, poseer decisión y cerebro bien engrasado, ser soltero e independiente y tener buena presentación, es mucho pedir.

—Cualidades muy suyas, señor Cradock.

—Así vamos mejor, secretaria. Ahora es usted, tal como es. Pese a sus curvas, aguda como un estilete florentino.

—Que se mella en su caparazón. No hay error en la segunda premisa. Por lo que respecta a la primera, ha demostrado usted saber dominar la innata presunción masculina. Y si puede ganar fácilmente los diez mil dólares, es porque reúne las condiciones precisas.

—Falta la respuesta a la pregunta que según su carnet de notas, es básica del cuestionario.

—Hizo su campaña en Italia. Y si sabe reconocer el acento de

Nápoles, será porque permaneció allí bastante tiempo.

—Entre idas y vueltas, unos cinco meses.

—Entonces, tal vez conteste satisfactoriamente la pregunta considerada básica por la otra parte contratante. ¿Conoció en Nápoles a un comandante de Intendencia llamado Frederick Emerson?

Rusty Cradock rió. Silenciosamente, alzando en rictus la comisura izquierda de la boca.

—No me diga que ésta es la pregunta básica.

—Lo es.

—Vaya avisando a la otra parte contratante que empiece a mojarse el pulgar y vaya contando los billetes. Cualquier cosa relacionada con
«Frú-Frú»,
siendo para perjudicarle, cuenta con mi entusiástica aprobación, y decidida colaboración.

—Empleando su estilo, señor Cradock; no me diga que entre los motivos de su rencorosa amargura se cuenta el comandante Frederick Emerson.

—Verá… Yo ignoro en absoluto cuáles son las intenciones de la otra parte contratante, pero esta parte contratante —y Cradock se dió unos golpes con el dedo medio en la pechera— disfrutaría enormemente sí oyera crujir bajo sus nudillos los huesos frontales, nasales y labiales de
«Frú-Frú».

—¿Por qué apoda así a Emerson? Es un hombre.

—Esto no lo discuto. Es un ejemplar precioso, atlético, guapo, arrogante, gran asesino de corazones, y a muchos les resultaba simpático. A mí no.

—¿Puedo saber por qué?

—Entre las cuatro paredes de este estuche, tal vez suene a injustificado mi motivo. Entorne los focos, secretaria, y trasládese con imaginación a Nápoles. Hace calor, huele mal, y los napolitanos nos miran de reojo, pensando tan sólo en si les podemos producir un beneficio. Lamento aludir al clásico cliché, pero imagínese al soldado Cradock, rascándose los lomos que emplean como autopistas, unos animalillos muy resistentes al exterminio. El soldado Cradock vuelve con otros, de una excursión que fracasó, y

es cuando ve a
«Frú-Frú».
Le lucen las botas, la raya del pantalón es impecable, la camisa huele a lavanda, y le acaban de afeitar y darle un champú. Está acompañado por dos chicas, y de vez en cuando tira cigarrillos para ahuyentar a los chiquillos pedigüeños. Hay maneras y modos…
«Frú-Frú»
tiraba los cigarrillos como seguramente Nerón arrojaba migajas a sus esclavos.

—¿Tuvo usted alguna rencilla personal con «Frú… Frú…» con el comandante Emerson?

—Ninguna. Pasé por su lado, y sin darme cuenta rocé una de las chicas. Me miró él como quien contempla a un puñado de estiércol. Sonrió amable, pero dijo: «Cuidado con sus modales, soldado». A hay maneras y modos de decir las cosas.

—Muy bien, Cradock. Excelente. Permítame un momento.

Ella se levantó, y de encima la mesa cogió un teléfono, maravilla petrificada imitando en su policromía un helado de nata con guindas.

Habló:

—… Anula las restantes convocaciones, y rescinde la nueva aparición del anuncio, Noah. El señor Cradock es el adecuado.

3

Pasó ella tras la mesa. Cradock hizo girar un poco su sillón.

—¿Sabía usted que Emerson es millonario?

—No. Se le veía desdeñosamente superior, pero ignoraba que su pretendida superioridad se basaba en el millón.

—¿Estima antipáticas las personas con fortuna?

—No soy anarquista, ni tengo pesadillas en mis sueños, cuando le da a mi seso por disfrazarme de potentado nocturno. Al despertar no me muerdo los puños. Hasta pienso que muchos ricachones inspiran más pena que envidia.

—¿No cree que el dinero produce la felicidad?

—Los que carecemos de dinero, pensamos que la felicidad está en poseerlo. Ya tenemos un aliciente: encontrar el modo de enriquecernos. ¿Qué les queda a los que con sólo abrir su carnet de

cheques, compran?

—El placer de poseer.

—Depende… Bien, eso es filosofía barata. ¿Por qué estamos hablando de millones?

—La otra parte contratante es multimillonaria.

—Lo celebro. Así es más seguro el cobro. No quiero parecer ansioso, pero me agradaría ya saber qué debo hacer para ganarme los diez billetes.

—Era preciso un hombre que hablando italiano, pudiera, llegado el momento, dar una razón por sus actos hostiles a Frederick Emerson. Usted, un ex combatiente de infantería, puede justificar su rencor contra un «enchufado». ¿No los llamaban así?

—No veo por qué es preciso hablar en italiano para decirle unas cuantas cosas a Emerson.

Susan Forrest repicó con el remate de su lapicero sobre la palma de su diestra.

—La esposa de Emerson se llamaba, de soltera, Chiara Amalfi, aunque él la llama «Claretta».

—Voy a lucir mi agudeza mental. ¿Pretende la otra parte contratante alquilar un castigador tan irresistible que provoque en Claretta ansias de ir a Reno?

—Está en trámite el divorcio ya, Cradock. Pero sin ridículo para Emerson. Ella pretexta incompatibilidad de caracteres.

—¿Y él?

—Está plenamente convencido de que se equivocó al sucumbir al encanto napolitano.

—¿Cuál es mi tarea?

—Puede resumirse en dos distintas pero conducentes al mismo final: ridiculizar al engreído Emerson.

—Si algún periódico, «amarillo» puede sugerir con pruebas para evitarse la denuncia por libelo, que Claretta no va a Reno por incompatibilidad, sino porque se ha enamorado de otro, ¿he ganado los diez mil dólares? ¿Y esto lo consideran fácil? ¿Es que Claretta es tan enamoradiza?

—Los diez mil dólares son premio que obtendrá si logra ridiculizar a Emerson, soslayando los peligros inherentes, porque Emerson no es ningún tímido cobarde. Pero no a través de Claretta, sino de la mujer con la que él piensa contraer segundas nupcias, tan

pronto se resuelva el divorcio.

—Más complicado todavía. Si está dispuesto a casarse con otra, no le importarán las andanzas de Claretta.

—Tiene mucho amor propio Emerson, mucho prestigio social.

—No quiero comprender, sino ganar dinero. Debo entonces intentar suerte con la actual candidata al tálamo Emerson. ¿No le quiere ella? ¿Son los millones…?

—Ella le quiere, y es multimillonaria.

—He dicho que no quiero comprender.

—Lo entenderá al final.

—¿Cómo se llama ella?

—Susan Forrest.

—¿Susan… Forrest? La han retratado mucho a esta pobre millonaria. La he visto en bastantes tiendas de campaña, colgada del alfiler. La llamaban los ecos sociales «La Venus Chismosa». Es guapa con avaricia, y no se casa. ¿Por qué? Estará desconfiando… ¡Ostras! —exclamó muy napolitanamente Cradock, en alto las cejas.

Fríamente, inquirió Susan Forrest:

—Su alusión a los mariscos, señor Cradock, ¿a qué obedece?

—Nos la hubiéramos ahorrado, si desde un principio me dice usted quién es. Persiste la niebla en mis entendederas, pero si usted quiere mucho a Emerson, y tiene más millones que él, ¿por qué pretende ridiculizarlo?

—Lo sabrá en su día.

—Son muy fáciles aparentemente estos diez mil, puesto que usted paga y a la vez ayuda.

—Me temo que su optimismo es exagerado, porque Emerson tiene en mucho aprecio su prestigio, y que un ex combatiente sin fortuna personal, ni familia, distinguida, socialmente hablando, sea visto en compañía de su actual futura, en forma clandestina…

—Todo esto me place. ¿Incluida en los diez mil Claretta?

Susan Forrest hizo una pausa. Anunció lentamente:

—Si usted consigue aparecer como causante del divorcio, podrá leer la cláusula del contrato. Necesito este contrato para en su día no ser yo también víctima del ridículo social, y poder demostrar que usted cobró para ser mi galán clandestino. La cláusula referente a su posible éxito con Claretta, le garantiza cincuenta mil dólares.

Rusty Cradock aspiró a fondo, y dijo:

—Esta parte contratante está dispuesta a la firma, señorita Forrest.

CAPÍTULO III

«SIEMPRE HAY IMPONDERABLES»

Conradino dejó de contornearse, agarrado al tragaperras musical. Volvió a excusarse:

—Es la primera vez, Rusty. Me enciende la sangre.

—En invierno dices que es el frío. Llevas el espíritu demoníaco del baile en las venas, Dino. Este bar es impropio de nuestra categoría. ¿Dónde te gustaría cenar, Dino? Invito yo. Pago yo.

—¿Se dió bien el anuncio?

—Echa un vistazo.

Ya en la calle, Conradino dilató los ojos, y trenzó unos pasos de «tarantela».

—¿Le diste un golpe de conejo, o se dejó dócilmente atracar, capitán?

—Me anticipó mil para vestuario. Debo ponerme elegante, sobriamente, elegante, si es que comprendes lo que es la distinción refinada.

—Vamos a cenar al «Albergho» de Chinatown. Es legítima cocina, aceitosa y nutritiva.

—Sin grasa, y suculentamente multimillonaria es mi patrona. Hay una madeja de femenino enredo. Dino, y tú, un europeo sabihondo, a lo mejor, sacas el hilo del ovillo. Me abrió la puerta un negrazo fino, con el que preferiría no tener que pelearme. Es, según dice ella, su jefe de servidumbre, su secretario confidencial. Tengo buena memoria, y te iré detallando el examen…

Estaban ya instalados con la mesita de mantel rojo y blanco, entre los dos, cuando Conradino silbó, brillantes los ojos:

—Siempre hay imponderables, Rusty. Cuando haya satisfecho los clamores de mi estómago, y tomado café de café, encendiendo un sincero «varillotto», me permitirás exponerte mis vehementes sospechas.

2

El largo y retorcido cigarro negrísimo, añadía pintoresquismo a la cara de granuja de Conrado Arbiroyan.

Rusty Cradock sorbió el resto de su digestivo favorito: té con «pippermint».

—Siempre hay imponderables, Rusty. Vas a las carreras, y no hay duda. Aquel potro ha de ganar. Apuestas de firme, y surge el imponderable. Pierdes. La ventaja es que hay más carreras.

—Mi queridísimo asesor, has de percibir que si me dejo apestar con tu cigarro, no es para oírte divagaciones.

—Susan quiere hacer rabiar a Frederick… ¿No te suena, eso?

—Estuve pensando en Cora Wilder, sí. Pero ésta es caza mayor. Vuelve a Susan.

—Ella puede facilitarte el dinero para sufragar los gastos del enfrenamiento en el combate contra Hamilton. Tenemos, por un lado, a Claretta, «¡*mía cara e dolce Chiara*!»…

—No me digas que la conoces.

—Ni lo pretendo. Cité palabras de una canción muy conocida, Claretta quiere divorciarse y está de acuerdo Frederick. Eso dice Susan. ¿Lo compruebo?

—Me tiene sin cuidado. Pagada esta cuenta y el hotel, me quedarán aún nueve billetes sin estrenar. ¿Piensas echarme un sermón sobre la moral?

—Si la novia consiente y la esposa quiere divorciar, tu moralidad es irreprochable. Además, yo, en la cuestión de propiedades cuyos cimientos son columnas revestidas de seda sobre tacones, estoy de acuerdo en que la propiedad es un robo. Mi escama procede de la siguiente interrogante: Susan, rica y guapa, está sobrada de galanes clandestinos, si los quiere. ¿Por qué elige precisamente uno que estuvo en Nápoles al mismo tiempo que Frederick?

—No querrá un guapo profesional. Y que me paga para serlo,

sólo lo sabemos nosotros cuatro: tú, ella, Noah y yo.

—Si tanto quiere a su aspirante, ¿por qué pretende ridiculizarlo?

—¿Son o no son nueve billetes de cien los que tengo en el bolsillo, además de billetes menudos?

—Si Claretta es poco virtuosa, ya no ha de importarle a Frederick, puesto que según dice Susan, van a divorciarse. ¿Adivinas las intenciones ocultas, de Susan? —preguntó Dino.

—No me interesan. Hay dinero a ganar, y lo necesito. En el fondo fuiste tú el que me aconsejó no ir por lo recto con Hamilton. Y ahora, como dices tú, cuando suena la música, hay que bailar. Mañana, a las doce, tengo una entrevista con Susan, que dará el visto bueno a mi guardarropía. El mismo sastre de «Frú-Frú», al que previa llamada telefónica, y con la debida sobretasa, va a tomarme medidas desde el cuello de la camisa hasta las punteras de los calcetines. Primera prueba, a las siete de la mañana, y a las once, completo. Un servicio nocturno y competente.

—Sí… Como en las funerarias.

—Tu humorismo siempre tuvo resabios fúnebres, Dino. Mañana entre siete y once, estaré en el hotel. Buen provecho.

—Tengo tu permiso para comprobar si…

Pero ya Rusty Cradock abandonaba el restaurante italiano. Sólo que en lugar de ir a dormir, tomó el «*ferry*» que conducía a Oakland.

El psicólogo Conradino había cometido un error al suponer que él tenía también una mentalidad europea que le permitiría seguir la máxima de la venganza florentina:

«*Piano, sano y lontano*».

No estaba dispuesto a ir poco a poco, con cautela y prolongando el plazo de la revancha.

3

Los cuatros. El cuarto piso del número cuatro de la calle catorce, en el barrio refinero. Allí residía con una amiga o al menos con ella compartía el alquiler del piso, Cora Wilder, «el bombón trufado» cuyo paladeo exigía en Hamilton, un asedio normal como el de cualquier ser vulgar y corriente.

Sin embargo, nada tenía de vulgar y corriente Andrews «Slim» Hamilton. ¿Sería entonces que Cora Wilder era excepcional?

Las diez de la noche, no era una hora normal de visita. Sobre todo cuando no se conocía a la persona visitada.

En definitiva, si alguien le hubiese preguntado qué se proponía llamando a la puerta «B» del cuarto piso, que abajo en el casillero de cajas-buzón constaba como morada de Cora Wilder y Coleen Ward, no habría sabido qué respuesta dar.



—No creo que salga libre de Reno

Sólo sabía que cuanto antes necesitaba terminar con su obsesión: verse frente a frente con el canalla de «Slim», verle encogerse, verle dar saltitos como un pelele a medida que el contenido del cargador le taladrase la piel…

Volvió a replicar con los nudillos, ya que el timbre no suscitaba ecos.

Sin embargo había alguien. Oía perfectamente un rumor tras la puerta. Demasiado cerca de la puerta… Como si alguien, aplicando el oído, titubease en responder a la llamada.

Había una mirilla, pero era un diabólico invento. Una mirilla en forma ahuevada, un diminuto cristal, que permitía ver al que estaba por el lado interior de la puerta, pero que era completamente hermético para el visitante.

Redobló el tamborileo de sus nudillos. Se quedó un instante perplejo porque no le habían abierto la puerta, sino que al sexto redoble, tras una pausa de espera, la puerta cedía levemente.

Un elemental instinto, alertó a Cradock. Era un modo demasiado original de cederle paso…

¿Andrews «Slim» Hamilton?

Introdujo la diestra entre su cinto y la camisa, como si se palpara la cadera izquierda.

Empujó un poco con el pie.

En el recibidor había luz, mucha luz.

Dió un brutal puntapié, y entró en forma poco correcta. En sesgo, de dos saltos, en perfecta imitación del canguro.

Permaneció contra la pared a un lado de la puerta abierta, siempre con la diestra tocando la culata.

Empujó la puerta, sin perder de vista el umbral con cortinajes corridos.

¿Qué significaba aquello? Le abrían la puerta, y desaparecían. Los cortinajes de un hermoso color pardo, ondeaban aún levemente a ras de suelo.

¿Aire? ¿O producto de la carrerilla con que se esfumó quien abriera?

Fué avanzando, siguiendo con la espalda en contacto con la pared lateral.

Tras el cortinaje estaba el «fregado». Allí se escondía el «imponderable».

Venía a visitar a dos muchachas, sin una finalidad bien concreta… y como en todo cuanto rondaba Andrews «Slim» Hamilton había trastienda.

La trastienda quedaría evidente tan pronto levantara el cortinaje. Había modos y maneras…

Empuñó una silla, y la lanzó contra el cortinaje. Esperó una fracción de minuto, e irrumpió.

Ya no llevaba la diestra embutida, sino bien visible, y en movimiento rápido, semicircular…

La salita en que acababa de penetrar, era un estudio con atisbos de artístico desorden.

Ninguna puerta abierta, ni balcón. Nadie… salvo él, y una mujer tendida sobre la alfombra.

Siempre ocurría lo mismo. En momentos así, se prestaba atención a detalles completamente superfluos.

La bata anaranjada llevaba dos grandes iniciales en azul:

«C. W».

Las piernas en ángulo casi recto ocupaban el primer plano visual. Rusty Cradock oyó el silbido, al mismo tiempo que algo chocaba contra su cabeza.

Algo quemante, que colocó ante sus ojos una cortina de puntos luminosos… antes del estallido explosivo.

Una mujer muerta no podía disparar.

Pero esta reflexión fué su último pensamiento antes de sumirse en densas tinieblas, amortiguando el choque de su cara contra la mullida alfombra por el anterior contacto de sus rodillas.

4

—… La bala extraída de la pared corresponde a la pistola «Colt» con las huellas de la mujer, sargento.

—… Bien. ¿Y qué pasa con la otra? ¿Tendré que buscarla yo personalmente?

—… Lloyd acaba de telefonear que viene con ella.

—… Ya era hora. Despejen. Tengo ya cuanto necesito. Usted, Sanders, dígale al inspector que no tardaré en darle mi informe completo. Despejen.

Eso es lo que necesitaba él. Despejarse.

Algo le consolaba. Estaba vivo, puesto que oía perfectamente la voz autoritaria, próxima a su cabeza.

Movió los pies. Estaba tendido, y la nuca le reposaba sobre algo no muy blando. Palpó a su derecha. Un diván. Por almohada, uno de los brazos del diván.

Pestañeó. Le ardía la mejilla izquierda…

—Acabe de resucitar, Cradock. Un balazo de refilón en el pómulo, no es para tanto… El médico asegura que le quitó el sentido, porque hubo un corte de digestión. ¿Algo humillante, no, Cradock, para un guerrero? Un reflejo nervioso en el estómago y todo un hombrón casi comatoso. Por si acaso, le advierto que además de llamarme Morrison, soy sargento de la Brigada de Homicidios. No importa que la muerte elija a una mujer. Sigue siendo un homicidio. Y usted va a explicármelo todo, ¿verdad, Cradock?

Rusty Cradock ayudándose con los codos, logró incorporarse. Estaba mareado…

—Tuvimos que asearle un poco, Cradock. El corte digestivo, le dió náuseas. ¿O fué la impresión que produce matar a una mujer?

Rusty Cradock buscó la bata marcada con dos iniciales. Sólo había en la alfombra una mancha de sangre, donde antes se le apareció la femenina silueta contorsionada en forzada postura, que sólo la muerte podía haber suscitado.

—Al depósito. No le extrañe, Cradock. Es donde llevamos a los que ya no pueden contestar preguntas.

Rusty Cradock miró al sargento. Un hombre rechoncho, de cara redonda, vulgar. Vestía como un tendero próspero.

Había malicia en su cara pecosa de rubio.

—Usted perdonará el registro y estudio de sus objetos personales. Tiene licencia para el uso de armas, porque le quedan de plazo veinte días para usar el privilegio de emplearse de guardián con derecho a porte de armas. Una buena hoja de servicios, Cradock. Ande, sea bueno, y dígame por qué mató a la chica.

—Siempre hay imponderables —susurró Cradock, tocándose el pómulo recubierto de gasa y esparadrapo.

—¿Qué gruñe, Cradock? ¿Dónde están los imponderables?

—La persona que le avisó a usted, agárrela bien, sargento. Es la

que mató.

—Son tres. El agente Langlen que oyó el disparo, su compañero de ronda, y el inquilino del primer piso. Los tres subieron a la vez corriendo, a ver qué resultado daba el disparo. Le encontraron a usted, boca abajo, a escasa distancia de la mujer.

—¡Ella no pudo dispararme…! Escuche, sargento… Usted habrá pensado…

—No puedo permitirme este lujo, Cradock. No me dejan pensar. Sólo puedo escuchar. Eso estoy haciendo, y si empieza usted desde el principio, verá qué bien va la cosa.

—A las diez, llamé a la puerta. No contestaban, pero estoy seguro de que alguien estaba mirándome. No le pude ver. Volví a llamar. Llamé a lo menos media docena de veces, y de pronto la puerta cedió un poco. Habían descorrido el pestillo. Entré. Se movía aquel cortinaje. Tiré una silla antes de entrar. Vi a una mujer en el suelo. Me fijé en sus iniciales, y entonces… el corte de digestión. ¡Pero no fué ella, no fué ella la que disparó!

—No se ponga histérico, Cradock. ¿Tiene costumbre de exhibir como tarjeta de visita su pistola?

—Vi que había algo sucio… ¡Es muy libre de no creerme, pero es la pura verdad!

—¿A quién venía usted a visitar tan cariñosamente?

—Supe que un antiguo amigo mío era novio de Cora Wilder. Hace casi un año que no le veía y pensé que Cora me podría decir dónde se encontraba él.

—¿Quién?

—Andrews Hamilton.

—La bala que no le rompió la cabeza de milagro, procedía de la «Colt» que colocaron en la mano de la muerta. O sea después de dispararla. Muy torpe todo. Le quisieron endilgar el asunto.

—¡Gracias a la Providencia, he topado con un policía listo!

—Lo somos. Y más cuando los otros son tan torpes. Estamos esperando a Cora Wilder y a Hamilton.

—¿Cora… Wilder?

—La muerta era Coleen Ward. Se rompió la base del cráneo al chocar con aquella repisa. La empujaron involuntariamente o deliberadamente. Pero llevaba largo rato muerta, y si usted me demuestra que no tocó en la puerta antes de las diez…

—Los del «*ferry*» lo atestiguarán. Estuve charlando con el segundo maquinista.

—¿Se buscaba coartada tan anticipadamente?

—Me confundió con un conocido suyo. Charlamos. ¿Para qué iba yo a buscarme coartada?

—Un poco de broma disipa siempre la tensión. ¡Adelante!

Entró un individuo, el autor de las toses sustitutas de llamada en una puerta que no existía, apartando los cortinajes.

—¿Qué sucede. Lloyd?

—Algo extraño, sargento. Encontré a la señorita Wilder acompañada del señor Hamilton en el «Morocco». Les invité a venir. Pregunté a la señorita si conocía a un tal Rusty Cradock, y me dijo que no. El señor Hamilton fué a la guardarropía… y lo siento, pero… parece como si hubiera huido.

—¿Sólo te parece? ¿Lo trae o no lo trae?

—No, sargento.

—Usted invitó a Hamilton a venir. ¿Qué replicó él?

—Muy correctamente, aceptó. No pude nunca imaginar que escaparía. Pero ahora, sí… me doy cuenta que cuando cité a este hombre… fué cuando él tuvo un sobresalto.

—Darse cuenta después, es lo que le hará envejecer de agente segunda, Lloyd. Vuelva con la señorita Wilder, si sigue esperando. Despeje. Tiene usted una risa silenciosa que no se me contagia, Cradock.

—Estoy pensando que posiblemente Hamilton, al saber que yo aparecía complicado, no quiso poner a prueba nuestra amistad.

—Lloyd es bastante obtuso, pero no tanto como para invitar a Hamilton a venir a declarar sobre el asesinato de Coleen Ward. Un individuo suspicaz pensaría que usted le produjo a Hamilton el deseo incontenible de batirse en retirada estratégica. Lo evidente, es que con su escapatoria, se ha complicado la existencia.

—Mientras no me compliquen la mía… Yo he dicho la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

—Esto lo decidirá el inspector Douglas. No tengo atribuciones para soltarle todavía, Cradock. Personalmente, le juzgo ajeno a la muerte de Coleen Ward, pero esto lo ha de dilucidar el inspector Douglas. ¿Conoce a la señorita Wilder?

—No.

—Entonces, es inútil carearlos. ¡Sanders! Acompañe en calidad de testigo esencial, al señor Cradock, a comisaría.

Salieron por el recibidor, pero no estaba allí Cora Wilder.

5

La oficina a donde el agente Sanders acompañó a Cradock, señalándole una silla, no tenía mucha diferencia visible con cualquier otra dependencia dedicada al papeleo.

Salvo que los hombres que consultaban archivos, escribían notas, y dictaban a mecanógrafas, tenían aspecto poco amable.

Pasaron los minutos y nadie parecía acordarse de Rusty Cradock. Era ya la una de la madrugada, cuando Sanders volvió a entrar.

Tocó en el hombro al que trataba de dormitar en la silla.

—Firme aquí, señor Cradock, inscribiendo su domicilio, y dando fe de que no ignora su obligación de no cambiar de domicilio ni salir de la ciudad sin previo aviso. En calidad de testigo esencial. Gracias. Compruebe si le falta algo.

—¿Puedo irme? —inquirió, tras firmar y recoger sus objetos.

—Sí. Buenas noches, señor Cradock.

En la calle, dirigiéndose hacia el «*ferry*», Rusty Cradock recordó cuando en el frente, tras horas de espera de un ataque, se quedaba muy fatigado, casi decepcionado al no aparecer el enemigo.

CAPÍTULO IV

«LAZZARONI»

1

Chiara Amalfi se removió en la blanda y perfumada cama, donde sobraba espacio. Era muy higiénico dormir con la ventana abierta, pero cuando alguien vociferaba, resultaba incómodo.

Se desperezó repentinamente. Sólo un napolitano podía pronunciar tan jovialmente el insulto:

—… Y soy yo quien se lo dice, «mascalzone». Si la señora duerme, ¿deja por eso de ser la señora el embelesó de un pobre, «lazzaroni» desterrado? Está bien, écheme, pero sin gritar, «mascalzone». ¿Qué se propone usted? ¿Despertar a la señora?

Chiara Amalfi estaba ya en el balcón. No veía al mayordomo, pero sí al gesticulante hombrecillo de vozarrón tronitruante.

Conradino, retrocediendo, se cruzó de brazos dignamente:

—¿Qué se pensó usted, «mascalzone»? ¿Que soy un mendigo? ¿Yo? ¿Conradino el «lazzaroni», por el que lloran todas las «trattorias» lágrimas de cal?

—Váyase, buen hombre, o me obligará a llamar a la policía.

—¡*Má peccato che me dispiace questo mascalzone*! Estoy en la acera, y es terreno libre, ¿o no estarnos en la tierra de los libertadores de Europa? ¿La policía? ¡«Pulcinella»!

Y Conrado Arbiroyan, que ya había visto una blanca silueta en el balcón, dió unos saltitos muy grotescos. Extremadamente ágiles, porque a la vez se palmeaba los tacones.

La burla con la cual los pilletes napolitanos acogían la llegada de los «carabinieri» antes de emprender la huida, suscitó en Chiara Amalfi una alegre y emocionada risa.

Conradino miró hacia arriba, tiró de las guías de su bigote, y efectuó una honda reverencia.

—Adams, deje pasar al señor. Al salón de amigos, Adams.

Se retiró Chiara Amalfi. El mayordomo Adams abrió del todo la puerta.

Conrado Arbiroyan no abusó de su triunfo. Se limitó a caminar sobre la punta de los pies, bombeado el torso.

Si no fallaban sus cálculos, si conocía a sus «ragazzas» napolitanas, de aquella visita, podían resultar grandes beneficios en dólares, o sacar el hilo para ovillar la madeja.

2

Tenía un gran parecido con Alida Valli, la estrella de los estudios romanos. Finura, malicia, sonrisa hechicera…

Y de aquellos labios era ambrosía la dulce parla.

—¿Pues y qué amigo? ¿Te parece bien despertar al embeleso que dormía? ¿Cómo supiste que yo era napolitana?

—Anoche la vi a usted…

—Tutéame… Un año y medio que falto de Nápoles, y es como si la hubiera abandonado de chiquita. Me llamo Chiaretta.

—Conradino. Y siento ganas de gritar, Chiaretta. Sólo una señora, una gran señora napolitana, sabe recibir así a un pobre desterrado. ¡Ah, porque estoy aquí, maldito sea yo por ambicioso! Allá no ganaba tanto dinero, pero me daba placer vivir. Yo era un sabio. Me agitaba pero sin actividad, me movía sin cansancio, y gritaba… Cantando, bailando, calentándome al sol, porque es estar en el mundo, estar en Nápoles, acariciado por el aire más dulce y perfumado del universo, y contemplar las más bellas mujeres del orbe, ¡aquello era vivir! ¡Desgraciado de mí! Los yanquis nos inundaron de chicle y dólares, y dejamos de ser sabios. Quisimos dólares, ¡los tenemos! ¿Y qué?

—¿Tienes muchos, Conradino?

—Trece con cuarenta.

No cabían equívocos. Rió ella como hacía dieciocho meses que

no reía.

Y Conradino efectuó el «paso del camello», la burla al turista inglés.

No cabían equívocos. Chiaretta era una «ragazza» de humilde barrio, y Conradino era el perfecto granuja, eventualmente guía de turistas, si la policía no estaba cerca.

—Está bueno, está bueno, Dino. Tienes el diablo en el cuerpo. ¿Has desayunado? ¿Te hace falta dinero? ¿En qué puedo favorecerte?

—Déjame sólo mirarte, y sólo cuando salga de aquí, me volverá el apetito. Eres delicada como una Afrodita de la antigua Capua, pero ¿lo es tu dueño y señor? ¿Le placerá, verme aquí, yo, mísero gnomo robusto?

Una sombra de fastidio borró la luz alegre de los claros ojos.

—Si te dijeron que soy casada, pudieron decirte que pronto ya no lo seré. Hace ya semanas que me trasladé a esta casa, donde el que era mi esposo, no entra.

—¡Vil bergante! ¿Te tuvo, te tiene, y se abstiene y no te reconquista? ¡Ah, «fiero mascalzone»!

—No hables de lo que ignoras, Dino. Me enfadaría.

Puso Conrado cara de compunción, y ella rectificó:

—No me enfado contigo, porque eres un simpático y desvergonzado perillán. ¿Qué te proponías chillando para que yo te oyera?

—Verte de cerca. Y ahora, lo sé.

—¿Qué sabes, «lazzaroni»?

—Que es falso. No puede existir ninguna mujer allá donde tú estás. Es falso que tu dueño y señor…

—¡Ya no lo es, deslenguado tunante bribón!… ¿Y si te hincase mi tacón en la cara…?

—Los ruiseñores cantarían, porque así podría yo besar la planta de tu chinela, dulce y tierna paloma.

—¿Qué te han dicho Dino?

—Lo que me dijeron lo borré a puñetazos de la insolente boca, del que osó…

—¡Dímelo!

—Que un millonario te raptó después de pasar ante el juez americano militar, y que no sabiendo comprender toda la riqueza

de tu espíritu, fué a enamorarse de otra. Que lloras su ausencia…

—¿Yo? ¿Chiaretta llorar por un torpe y desangelado yanqui? Fíjate cómo me río, Dino.

—Ya me fijo. Tanto ríes, que tienes perlas lloronas en los pétalos…

—¡Fuera!

La chinela, rápidamente descalzada, llevaba por meta la cabeza de Conrado Arbiroyan, que con uno de sus saltitos quedó en pie, asida al vuelo la filigrana de satén y espuma…

Besó devotamente el pompón de la chinela, poniendo los ojos en blanco. Ella rió entre lágrimas.

Tras la cortina en el umbral, oculto, Adams esperaba intervenir tan pronto fuera llamado por la señora Emerson.

Adams no había estado nunca en las calles de Nápoles, ignoraba la sal de la conversación entre dos napolitanos de pura cepa.

—¿Pues y qué? Te estoy dejando entrar en mi casa, le trato como a un amigo, a ti, al que nunca hasta hoy vi, ¿y tratas de enojarme? Devuélveme mi chinela.

—No seré tan cruel conmigo mismo, como para privarme de la visión de este piececito que debe ser tibio y fresco como el pez recién echado sobre la arena. Yo me dije que si te podía ayudar, y a la vez podías volver a Nápoles con veinticinco mil dólares limpios de polvo y paja… ¡qué gran broma! Un dinero que no procedería de tu dueño y señor, sino… ¡ríe, Chiaretta, ríe!… ¡de ella, de la loca millonaria yanqui! ¡Ella nos dará el dinero para el viaje en preferente de lujo!

Chispearon los ojos de Chiara Amalfi. Pareció repentinamente una gata buscando dónde y cuándo, arañaría mejor…

Se retrepó, como dispuesta a saltar.

—¿La conoces? ¿Es ella la que te envía, Dino, amigo mío?

—Me has enojado, señora Emerson. Ya no volverás a Nápoles. Perdiste el derecho a volver, porque ofendes a un honesto pícaro. Adiós, señora Emerson…

—¡Chiaretta Amalfi, pícaro desvergonzado! Siéntate… No puedes irte así, Dino… Siéntate, y habla, dime…

Conrado Arbiroyan habló más de media hora, intercalando de vez en cuando, saltitos, pasos de danza, y contoneos.

Adams le acompañó con alivio a la puerta. Sólo un loco podía

hablar un idioma tan ruidoso, y que para hacerse más elocuente, necesitaba el acompañamiento de tan grotescas contorsiones.

3

—La mañana luce gloriosa, Rusty… ¡Caramba! ¿Ya no usas maquinilla eléctrica? Nada mejor que una navaja barbera.

Rusty Cradock, en camiseta y calzoncillos, siguió efectuando sus ejercicios gimnásticos.

En su pómulo izquierdo un tafetán, disimulaba bastante el surco repleto de pomada coloidal. Sólo una pequeña hinchazón quedaba de la bala «refilón».

—Una noche agitada. A las dos fui al sastre, a las siete, primera prueba, y ahora estoy esperando el ajuar. No, no ha sido afeitándome. Fué un balazo. No quise seguir tu consejo, Dino. Fui a Oakland. Encontré una puerta abierta, entré y encontré a Coleen Ward, la amiga de Cora. La miré y se me cortó la digestión.

Flexionando ahora las piernas a la vez que elevaba los brazos, el musculoso Cradock, fibra enjuta, sin un gramo de adiposidad, continuó:

—La bala pensaban alojármela en el seso, y no me hubiera estado mal empleado. Pero la sacudida, y la visión de Coleen Ward, me revolvió el estómago. Cuando cesó el malestar, tenía otro mal peor. Un sargento de policía al lado.

—¡La hemos hecho buena! ¿No teníamos que ganarnos sesenta mil reyes?

Rusty Cradock explicó su entrada, su charla con Morrison, su espera en comisaría, y la firma de su «obligación» de testigo esencial.

—El imponderable, Dino. ¿No es mala suerte? Ir yo… y precisamente cuando estaban registrando después de matarla… porque alguien había registrado.

—La policía.

—No. Lo vi apenas sonó el disparo. Compréndelo… Vi los cajones abiertos, los cuadros ladeados, en sus colgantes…

—Y el que desnucó a Coleen te quiso cargar la faena. Si atrapan a Hamilton, y lo atraparán, saldrá a relucir lo vuestro.

—No creo que a él le interese decirlo.

—Pero si es un «flojo» y lo acaban de blandear entre cuatro policías…

—¿De qué podrán acusarme? ¿De intención de buscarlo para ajustarle las cuentas? Pero no le he matado. Y no hay ley que castigue la supuesta intención de matar a alguien. Habría demasiada gente en las cárceles.

—Escucha, Rusty, ya que has tenido la suerte de cara…

—De refilón. ¿Suerte?

—De momento, queda aplazada tu cuenta pendiente con Hamilton. Piensa sólo en la Venus. Chismosa, piensa sólo en sus sesenta mil.

—Diez mil.

—Sesenta mil. He echado un vistazo al «campo de operaciones».

Tocaron en la puerta. Dos botones cargados de cajas largas. Les seguía un atildado joven.

Presentó la factura, por ropa interior, camisas, corbatas, calcetines, zapatos, dos trajes y un «*smoking*».

Conrado Arbiroyan se mordió los labios al ver los billetes de cien cambiar de dueño.

Los botones y el empleado de «Todo a la medida en ocho horas», abandonaron la alcoba.

—Hoy es domingo, y se nota. ¿Qué traje escoge, mi capitán?

—Canela claro. Camisa crema, corbata roja, calcetines crema, zapatos negros. Te vas a enamorar perdidamente de mi apostura, Dino.

—Claretta es un bombón trufado.

—Dijiste lo mismo aquella vez en Sorrento, cuando me presentaste a la amiga de tu primo segundo por parte de abuela. Y era un globo mantecoso.

—La vi anoche, cuando regresaba del teatro. Maravillosa. Y perdí un dólar con treinta, tomando café.

—Mucho café.

—Treinta de café y cinco centavos de vinazo para uno que estaba ya en uvas. Era vecino de Claretta. No sé si es triste o es satisfactorio, hacerte saber que Claretta es casquivana como la pluma que al viento se mece. Riñó ayer con su décimo galán. Hoy es domingo, Rusty. Ataca, *veni, vidi, vinci*… ¡A mí la infantería!

—A las doce, tiene que darme el visto bueno Susan.

—Lo dará. Estás a punto para que te cacé un buscador de Hollywood. Podríamos ir a almorzar al «Gipsy». Allí va Claretta. Eché un vistazo al registro. Nació en Campanile. Conozco Campanile como mi bolsillo. Veo a Claretta, y me arrojo sobre ella. ¿Qué tal el «padrone» Tulio? A lo mejor hay un Tulio centenario en Campanile, y si no lo hay, da lo mismo. Después te presento. Soy un «lazzaroni» de clase superior, Rusty.

Se contempló Cradock en el espejo, anudándose la corbata. Era indudable que una camisa cara, un pantalón y una americana bien cortados, y unos zapatos a medida, le daban a uno la sensación triunfante de ser un dominador.

Pero había una nube…

—Fué mala suerte —murmuró—. Vete ahora a pescar a Hamilton. Se ausentará una larga temporada.

—Entrar en tu tierra ya es difícil, pero salir cuando la policía avisa que cierren las puertas, debe ser imposible aunque tenga recursos tu Hamilton.

—Se esconderá.

—O pasado el primer susto, habrá ido a visitar al sargento Morrison. «Mire, sargento, me dió tanta impresión la muerte de Coleen, que me fui a tomar unas copas y pasé el número».

—No le dijeron que Coleen había muerto. Se largó cuando oyó mencionarme.

—Entonces, le dirán que si huyó fué por estar complicado en la muerte de Coleen, y tendrá que revelar por qué tus restallantes nombres, le causan tembleque. Saldrías ganando tiempo y ahorrándote molestias, si le contaras a Morrison la faena que te jugó Hamilton.

—Lo que sea, sonará. Voy al visto bueno. Me esperas en la cantina. Te telefonearé allí, cuando ella me suelte del collar. Hasta luego, Dino. Toma y liquida mi cuenta. No te guardes el cambio.

—Tendré que guardarlo. Te invito a comer al «Gipsy». No lo olvides. ¡*O mia dolce é cara Chiaretta*!

En el pasillo, con las manos en la nuca, Conradino balanceó las caderas lascivamente.

Rusty Cradock bajaba ya en el ascensor.

—Le sienta bien, Cradock. Le gustaba vestir… antes, ¿verdad?

—Mucho. ¿Cuáles son sus instrucciones para hoy, señorita Forrest?

—¿Tiene prisa?

—Claretta va a almorzar sola al «Gipsy». No conozco el local, pero un almuerzo allí no me sentará peor que en otro sitio, salvo su mejor parecer.

—En este sobre tiene usted para los gastos. Esta tarde, a las cuatro, vendrá a buscarme no en Twin Peaks, sino en The Mission. Puede conseguir alquilado un dos plazas «Minerva», en el garaje cercano a mi casa de Twin Peaks.

—Lo elegiré digno de usted.

—Lo alquila para una semana. Vendrá a buscarme con él.

—A sus órdenes. ¿Puedo retirarme?

—Puede sentarse, y no suponerse gracioso. ¿Un «Martini»?

—Me resignaré con un «Campari». Es dulce y a la vez amargo. ¿Le gusta?

—Demasiado meloso. Un «Campari», Ted.

—Este bar es tan discreto, que hasta resulta escandaloso.

—Lo tienen como favorito, los enamorados que prefieren no ser vistos por las calles. No me responda cáusticamente si me intereso por su salud, Cradock. ¿Qué le ha sucedido?

—Tropecé a obscuras, y me corté con el filo de la cama.

El camarero dejó el vino italiano color de grosella. Bebió un sorbo Cradock.

Se le atragantó.

—Siento tener que ser prácticamente ofensiva, Cradock. Usted firmó ayer un contrato conmigo, y la ropa que lleva se la he pagado, del mismo modo que ha liquidado su hotel con mi dinero. Hice un trato leal. A partir de ayer cuando usted firmó y aceptó, creí que usted obraría con lealtad. Va usted a romper el vaso, Cradock. Me limito a hacerle saber que es desleal por su parte, atender a sus personales asuntos mientras perciba una paga mía.

Rusty Cradock alzó y encogió la cabeza, como si el cuello de la camisa le viniera estrecho.

Ella prosiguió, cortante la voz:

—Entró usted en una casa del barrio refinero de Oakland, y a los pocos instantes tras un disparo, subían corriendo dos policías.

Permaneció usted más de una hora con la policía, y cerca de dos en comisaría.

—Su espía pudo ser tan amable como para entrar conmigo en la casa del disparo. Escuche, señorita Forrest… Me lo he merecido. Tiene usted toda la razón. Le pertenezco en propiedad absoluta, hasta el final de su asunto. Pero no debió llamarme desleal… Lo sería si hubiera hablado una sola palabra de lo nuestro, con la policía.

—Pero se comprometió usted.

—¿No estoy aquí luciendo la ropa que usted ha tenido a bien pagarme? Yo fui a inquirir noticias de un amigo mío. Entré en el piso de su novia, cuya puerta estaba abierta y encontré una mujer desnucada… y esto. La policía comprendió que el asesino intentó aprovechar mi visita. Quiso valerse de la coincidencia de mi llamada. Pero la policía, me ha dejado libre, ¿no?

—Concedo tantísima importancia a nuestro contrato, Cradock, que si por cualquier imprudencia, usted me demostrara no haber sido el hombre listo que supuse… le guardaría mucho rencor, ¿sabe?

—Soy todo suyo, señorita Forrest. Me gustaría sólo decirle una verdad.

—He oído muy pocas verdades en mi vida.

—Es usted profundamente antipática, Susan. Deliberadamente antipática, pobre millonaria. Comprendo por qué la califican de Venus. Sería estatua sin sol que entibie sus mármoles. Bien… ya pasó el arrechucho, señorita Forrest. Un «Minerva» dos plazas, en el garaje próximo a una de sus tantas casas de la ciudad, a las cuatro en punto, y conmigo dentro, ante su casa de la aristocrática Mission. Por la tarde, el traje obscuro. Azul con rayas, señorita Forres. ¿Corbata gris como la camisa, señorita Forrest?

—Algún día me contará por qué está tan amargado.

—Y usted también. ¿Puedo retirarme, señorita Forrest?

—Quisiera oírle decir qué plan tiene proyectado para su almuerzo en el «Gipsy».

—En Nápoles conocí a un italiano que me pareció un payaso, hasta que me di cuenta que Dino poseía miles de años de sabiduría popular. Me daba cien vueltas, como a cualquier ingenuo yanqui. Me cogió ley, y yo también. Logré que lo alistaran como «seguidor»,

es decir, lejos de las líneas de fuego, pero ayudando a los cocineros. Podía traficar. Después le conseguí permiso para desembarcar como turista. Había ganado un premio a la lotería, y se empeñó en que era gracias a que yo le facilité los negocios de suministro cocineril. Es napolitano, y sin explicarle mis propósitos, o mejor dicho, los suyos, señorita Forrest, le dije que me gustaba horrores una napolitana llamada Claretta, futura divorciada del señor Emerson. Hemos inventado una fácil presentación… Como ve, el hecho de haber coincidido en Nápoles su próximo marido y yo, con Claretta, y Dino, hace que nuestro contrato sea un acierto.

—Chiara Amalfi no es ninguna coqueta.

—¿Y eso, qué importa? Usted desea ridiculizar de forma aplastante a Emerson, ¿no? A eso voy. A las cuatro le informaré de mis impresiones sobre Claretta. ¿Puedo retirarme?

—Cuando guste.

En pie, Cradock se inclinó un poco. El diván en media herradura era discretísimo. Las parejas se ignoraban…

—Verá, señorita Forrest. A veces me figuro que me siguen. No quisiera estropearle el físico a algún secretario suyo.

—Creo que ya no será preciso que le sigan, Cradock. Fué una desconfianza premeditada, la que me hizo asalariar a un excelente seguidor. Pensé que…

—¿Pudiera yo ir a venderle el contrato a Emerson? Es triste, señorita Forrest, que los dos tengamos tan pocas esperanzas en la humana honradez. Gracias por el aperitivo, señorita Forrest.

Susan Forrest no miró hacia el elegante ex combatiente que abandonaba el bar.

Entornados los párpados, se plasmaba en su rostro la ambigua sonrisa de la Gioconda, cuyo misterio permanece eternamente indescifrable.

5

—El confort es la plaga, de la Humanidad, Rusty. Mientras fui un sano «lazzaroni» ignorante de neveras, calefacciones, y cuantas calamidades ha traído la electricidad yanqui, era un «lazzaroni» perfecto. La sobriedad me permitía vivir por vivir, sin pensar en trabajar. Aparecisteis vosotros…

Acortó Cradock su paso.

—Nunca te lo he preguntado, Dino. Pero una vez, una mujer vino a visitarte al campamento. Lloraba mucho, agitaba los puños… y era una anciana. Estuviste algunos días muy tétrico, Dino. Y, ¿sabes por qué he pensado en aquello, ahora? La anciana que acaba de pasar tenía la misma expresión de odio contenido que aquélla que te visitó en el campamento de Piedimonte, días después del final de Montecassino.

—Bah, bah… Una vieja loca. Me llamaba traidor, porque jugueteé con una nieta suya…, que se quedó aplastada entre dos paredes… Cerca de Montecassino, un avión yanqui… Yo le dije que eran cosas de la guerra. Tú ya te diste cuenta. Somos muy vehementes entre nosotros. Parece que nos vamos a morder, y acabamos besándonos. Olvídalo, Rusty; olvídalo. Se lo dije a la vieja loca. No se hacen buenas tortillas sin romper cáscaras. Es la guerra. Y para la próxima, ya estamos todos entrenados. «¡*O, mia cara, mia dolce Chiaretta*!»

—No acabaré nunca de entender vuestro endemoniado carácter. ¿Será Claretta otra simpática criatura endemoniada?

—Es pura ambrosía. Es un ángel que cayó del cielo, es Eva la paradisíaca, es… ¡es una napolitana!

—Te olvidas que nos conocimos en Nápoles, «Lazzaroni». Y por allá abundan las napolitanas. Nos llamaban «muñecos necios» a los yanquis.

—A ti no, Rusty. A ti no. Si fueras un muñeco necio, no te hubiera contratado Susan. Aquélla es la fortaleza, y en su interior estará pronto el rico botín. ¡«*Avanti, bersaglieri*»!

CAPÍTULO V

«¡CIELOS, MI MARIDO!»

1

El «Gipsy» debía su nombre zíngaro a la orquesta de violinistas que pretendía amenizar aperitivos, comidas y digestiones.

Conrado Arbiroyan eligió la mesa. Cerca del estrado, porque según informó, era también la buscada cercanía por la enamorada de la música, lánguida.

Cuando Claretta Emerson vino a sentarse, a dos mesas de distancia. Conrado Arbiroyan susurró:

—La tienes de frente, Rusty. ¿Es o no un bombón delicado?

—Lo es. Pero ya que estás de espaldas a ella, sigamos comiendo, y la «reconocerás» a la hora del postre. Quiero atender primero a mi repuesto de calorías y vitaminas.

—Tu frialdad me abruma, Rusty.

—No es asunto de pasión, sino de negocios. Si Chiaretta es tórtola, mejor, y si no lo es, ya sabremos ingeniar un medio para atacar el prestigio de
«Frú-Frú».

Clara Emerson se comportó como una excelente actriz. Se limitaba a comer como si le fastidiara, a sonreír al violinista jefe, y a no prestar la menor atención, aparentemente, a los demás comensales.

Y la breve comedía que siguió, a la hora del postre, fué perfectamente interpretada por los dos cómplices.

Regresó Conrado de la mesa de ella, al cabo de unos minutos.

—Picó la náyade. Te he puesto por las nubes, Rusty. Ven y te presentaré.

Mentalmente, la napolitana consideró que para ser yanqui, Rusty Cradock tenía «algo», y supo ser gran señora:

—Su amigo es graciosísimo. Ha suscitado en mis fibras emotivas recuerdos en común. Siéntese por favor, señor Cradock.

—Nos sentamos, nos sentamos. Cuando estaba yo sorbiendo el café, me doy la vuelta y me dió un vuelco el corazón. Se lo dije a Rusty: «Que me cuelguen si no es de mi capital, y familia del sabio Tulio». Se llama Chiaretta, la prístina claridad del manantial.

Chiara Amalfi rió suavemente:

—El señor Cradock, conocedor de Nápoles, no se extrañará de que no conceda excesiva importancia a las presentaciones convencionales. Basta que Conradino sea de mi capital, para que sea como un antiguo amigo, y sus amigos…

—Se benefician conociéndola. La estuve observando, y pensé que debía usted ser italiana.

—Iniciado bajo felices auspicios vuestro conocimiento, me ausentaré unos instantes, en busca de cigarro a mi medida.

Conrado Arbiroyan se alejó sin esperar respuesta. Comentó ella:

—El pretexto ha sido hábil. Nunca conocí al patriarca Tulio, pero fingí que así era, puesto que me aburría sobremanera.

—Eso me pareció adivinar, Claretta, si no es abusivo llamarla así.

—Hoy es domingo, y hay días en que una se encuentra muy sola, Rusty. Además, los violines exasperan cuando una está lejos de su patria.

—A mí me exasperan suenen donde suenen. Pero ahora descansan, y es un placer.

2

Conrado Arbiroyan tenía el número del teléfono al que acudiría Frederick Emerson. Un informe dado por la señora Emerson…

Su rostro se contrajo en mueca divertida, al decir:

—Avisen inmediatamente al señor Frederick Emerson. Es urgente, y de parte de su esposa.

—Al instante.

No tardaron mucho en inquirir:

—¿Quién? Habla Emerson.

—Hola, imbécil. Si tu esposa se llama Claretta, y tiene por costumbre almorzar en el «Gipsy», acabo de ver a una Claretta que por sobremesa está incendiando a un impresionable buen mozo. No te cobro por el servicio, Emerson. No tenía ni idea de lo que ocurría, pero oí conversar a dos caballeros que tomaban unas copas, y uno de ellos decía que la amartelada pareja de la mesa ocho, era un espectáculo gracioso, teniendo en cuenta que el pavo real llamado Freddy Emerson aun no era el ex esposo de…

Pero Frederick Emerson había ya colgado.

Conrado Arbiroyan también ahorquilló con morosa complacencia. Le deleitaban las intrigas.

3

—… Y así fué como terminó mi campaña. Pero hablar de mí es tema carente de interés. Hábleme de usted, Claretta.

—Pregunte.

—¿A fondo?

—Intente.

—¿Por qué está sola y aburrida? ¿Qué hay de su novio?

—No lo tengo.

—No me diga que es casada.

—Lo soy. Pero en trámite y víspera de viaje a Reno. Incompatibilidad de caracteres.

—Crueldad mental, seguramente. Es la fórmula de Reno. Pero más que crueldad mental, su marido demuestra anemia cerebral. ¿Cómo es posible que se acomode a un divorcio?

—Tal vez porque él y yo hayamos dejado de amarnos.

Rusty Cradock casi sintió deleite cuando oyó susurrar precipitadamente a su recién conocida:

—¡Mi marido! Acaba de entrar… Es un poco quisquilloso, y se enoja fácilmente conmigo.

—No me diga…

Rusty Cradock se volvió a medias en la silla. No quería perderse la llegada del comandante de Intendencia.

4

Frederick Emerson aparentaba lo que era. Un hombre distinguido. Guapo, y con aspecto de diplomático.

No miró a Cradock. Se inclinó para coger la muñeca de su esposa, posando en ella sus labios.

—¿Cómo estás, querida? Figúrate que… ¡Oh, perdón! Ignoraba que tuvieras compañía.

—Mi esposo Frederick Emerson: mi amigo Rusty Cradock.

Fríamente, Emerson sin tender la diestra, dió una cabezada. Y aumentó el deleite del soldado Cradock.

—Tanto gusto, señor Emerson. Su esposa me estaba diciendo que los violines la exasperan cuando está sola.

—No estaba sola, a juzgar por lo que veo.

—Los violines sonaban antes de yo llegar, señor Emerson.

—Iré un instante al tocador, Freddy. Vuelvo en seguida.

Se marchó ella.

Frederick Emerson sentándose, pidió:

—Un «Courvoisier». ¿Tomará algo, señor Cradock?

—No, gracias.

El camarero se marchó. Su sonrisa profesional le pareció a Emerson contener minúsculas porciones de sarcasmo.

—¿Hace tiempo que conoce a Clara?

—Parece, como si fueran años. No creo que salga libre de Reno. Estaré esperando.

Frederick Emerson asintió. Callaba, porque el camarero colocó delante suyo la copa calentada, donde vertió con mística lentitud, añejo coñac.

Al irse, comentó Emerson.

—Es halagador saber que Claretta inspira flechazos. Es cierto que podemos considerarnos como casi divorciados, pero sigue existiendo la sutil diferencia que entraña el «casi», y he aludido a flechazos, porque hasta ahora ignoraba que mi esposa pensara reemplazarme con tanta prontitud. Debo también añadir, menos banalmente, que supuse que Claretta, más bien vehemente en sus sinceridades, me hubiera comunicado su… nueva intención de reincidir. Había jurado que nunca más miraría a un yanqui. Usted lo es…

Se puso en pie Emerson, ayudando a sentarse a su esposa.

—Le estaba diciendo al señor Cradock, que estoy profundamente intrigado, Claretta.

—El señor Emerson acaba de manifestarme su asombro, porque usted, al parecer, juró en vehemente arranque sincero, que nunca más prestaría oídos complacientes a un torpe yanqui.

—No califiqué así al señor Cradock, créelo.

—Verás, Freddy… Resulta que Rusty estuvo en Nápoles, y estábamos evocando recuerdos agradables. No puede importarte, Freddy, puesto que de un día a otro, estaremos ya separados.

—En efecto, querida. Pero en mi círculo social, podría comentarse desfavorablemente lo que estimo muy lógico. Tú y yo, de mutuo acuerdo, decidimos separarnos. Vives hace un mes en tu casa, y yo en mi piso… Pero el señor Cradock sabrá comprenderme. Hay convencionalismos que la sociedad impone y respeta. No dudo que la caballerosidad del señor Cradock sabrá vencer a su… propósito de sucederme en tu corazón. Me resulta incómoda la postura en que me hallo. No puedo sentirme humillado, pero sí algo ofendido, Claretta. Debiste comunicarme tu repentino cambio de parecer. Yo opinaba que de Reno, partirías a Nápoles.

Chiara Amalfi musitó, candorosa:

—Cuando me anunciaste nuestra separación definitiva, te pareció impropio que encontrara de mal gusto tu corte a otra mujer. Dijiste que no había mal en ello…

—El señor Cradock nos excusará por esta escenita.

—Muy normal, señor Emerson.

—¿Sí? Lamento decirle que sostenemos diversos conceptos de lo que es normal, señor Cradock. ¿A dónde vas, Claretta?

—Prefiero irme a casa. Telefonéeme, Rusty. Ha sido ridícula tu intervención, Freddy.

Frederick Emerson volvió a sentarse, algo sonrojado. Bebió.

—Lo lamento, señor Emerson. Ella me afirmó que usted ya no contaba, y que la había dejado enteramente libre. Ella es joven, y es natural que desee volver a casarse. Si el expediente de divorcio ya está entablado…

—No le he visto por mi club, señor Cradock.

—Seguro que no. Mis negocios son muy distintos a los suyos.

—¿Acaso son de índole que no nos permitió conocernos hasta

ahora?

—Eso es.

—Creo que, en efecto, tiene razón Claretta. Me he comportado un poco neciamente. De todos modos, no le ocultaré que me sentó muy mal la llamada anónima que me informó.

—Ah… ¿Le informaron? No lo entiendo. ¿Qué mal hay en que Claretta se entreviste en sitio público con un hombre soltero?

—Ya sé que es corriente… en determinadas clases sociales, pero en mi clase, debemos velar sobremanera por el peor enemigo social: el cuchicheo, las cábalas, en una palabra: el ridículo. Yo le quedaría sumamente reconocido, señor Cradock, si atendiera usted a una petición. Entre caballeros…

—Un momento. ¿A quién alude?

Frederick Emerson suspiró. Dejó su vaso, y se puso en pie:

—Me temo que no opinamos, igual, señor Cradock. Buenas tardes.

Rusty Cradock no replicó. Sonreía…

Lo suficiente para que Frederick Emerson sintiera impulsos de borrar aquella sonrisa, pero supo contenerse.

En su círculo social, habría tempestad de risas, si se comentaba que Freddy Everett Emerson, se comportaba como un vulgar marinero celoso, peleando a puñetazo limpio con un insolente rival.

Llamó al *maître*, entregándole un billete.

—La mesa ocho, y lo que importe la cuenta de mi amigo, cóbrese de aquí.

—Gracias, señor; muchas gracias.

Frederick Emerson abandonó el «Gipsy», dirigiéndose en su coche a la casa de su propiedad, habitada por la que seguía considerando de su propiedad.

5

—Ha sonado el primer morterazo, Rusty. Dada la seriedad del local, no bailo una «pantalonada».

—¿Fuiste tú el anónimo?

—Sí.

—Vas deprisa, Dino. Eres un colaborador excelente. Cuando termine este sucio asunto, y el de Hamilton, montaremos una

agencia de detectives.

—¿Por qué es sucio este asunto?

—La fuerza de las circunstancias me ha obligado a desempeñar un papelito poco airoso. Esperaba que de un momento a otro me diera Emerson mi merecido. Claro que yo habría procurado no recibir lo que me merezco.

—Escrúpulos absurdos, Rusty. ¿No están separados? Ya no son marido y mujer. Se casaron ante un juez de paz. Firma sin incienso, firma sin solemnidad. Tan sencilla como la que echarán en Reno, como cuando se compra un coche, una nevera o una radio. Esto es lo bueno y lo malo de Yanquilandia. Allá, en la vetusta Nápoles, a Emerson le hubiera cabido el derecho de esgrimir un garrote contra ella. ¿Aquí? ¡A Reno!

—A veces me pregunto si sientes simpatía por los yanquis, Dino.

—Por ellos, ninguna; por ti, enormemente. Verás… Sois fuertes, decididos y dinámicos, pero habéis querido cambiar cosas que nunca cambiarán. Los celos, por ejemplo. Se sustentan en amor propio, y no hay penicilina que valga contra esta enfermedad universal, cuando el hombre es hombre, y me parece que el comandante Emerson lo es. Ha pagado la cuenta, como si fueras tú su amigo de la infancia.

—Señorío y aristocracia. Bien, me voy a seguir en mi trabajo.

—Te quejas, y deberías estar saltando. Todo se te da a pedir de boca. Cuando Susan se entere de este éxito…

—Me dará la medalla de latón que en la feria de Chicago dan al porcino mejor cebado. Pero son unos dólares que me hacen falta para después dedicarme a mi asunto con «Slim» Hamilton, el muy condenado… Ya te asomarás como siempre, Dino, dónde y cuándo menos te espero. Hasta luego, talentazo.

CAPÍTULO VI

«ES UN DEPORTE EMOCIONANTE»

1

La verja de «Forrest Manor» estaba abierta, y el «Minerva» conducido por Cradock hizo crujir la grava bajo sus ruedas, mientras describía el semiarco.

El atlético y atildado Noah Benson descendió los peldaños de la escalinata.

—Buenas tardes, señor Cradock. La señorita Forrest espera en su salón particular.

—Tenga la bondad de precederme —dijo, adustamente, Cradock, bajando del coche.

El negro volvió a subir las escaleras, y bajó al pórtico, señaló a su derecha en la galería-terraza.

—Le será más cómodo entrar por la segunda puerta, señor Cradock. Es el salón particular.

La segunda puerta eran dos batientes donde los marcos de hierro encuadraban cristales muy semejantes a vidrieras catedralicias.

Entornada, daba acceso a un salón que atesoraba filigranas, siendo la principal su dueña, pensó Cradock.

—Buenas tardes, Cradock. Bien elegido el coche. Puede servirse a su gusto. Le recomiendo el licor de naranjina. Es receta antigua de los Forrest.

—Le daré primero las novedades, como corresponde.

—Puede fumar y sentarse. No se empeñe en hacerse antipático.

Lo es, sin necesidad de esforzarse.

—Algo tenemos en común. Me complace participarle que Freddy está ya con las piernas en el saco. La cosa ha salido asquerosamente bien. Claretta se sentía sola y aburrida. Los violines gemían exasperantes. Dino nos dejó a solas, y fue a telefonear a Freddy.

—Muy inteligente su amigo. Un buen auxiliar.

—Está como yo, sin blanca. Y tiene como yo ansias por ganarse sus billetes, señorita Forrest. Vino Freddy, y estaba tirante como un tambor, pero finalmente tenso. Logró que Claretta le llamara ridículo. Se fué Claretta, y Freddy me supuso capaz de guardar las conveniencias sociales, hasta Reno. Dijo que lo esperaba así, puesto que él y yo éramos dos caballeros. Sonreí.

—Y Freddy sintió grandes impulsos primitivos y poco civilizados.

—Lo ha adivinado. Pero se comportó dignamente. Se marchó pagando la cuenta.

—Indudablemente, es usted eficaz. ¿Qué opina de Chiara?

—Deliciosa. Humana. Femenina. Sencilla.

—A cada calificativo, hace usted una pausa elocuente. Pero permítame asegurarle que la más sencilla de nosotras, es un laberinto complicado para un hombre virilmente crédulo.

—Gracias. Es consolador saber que sigue usted considerando viril a un tipo como yo, que se alquila de «gigolo».

—Sabe que no es así, Cradock. Pero dejemos esto. Le felicito por su eficiencia, pero me permito recordarle su pendiente tropiezo. ¿No recuerda ya que esta madrugada dejó atrás una comisaría, de Oakland?

—Usted primero, y después atenderé lo demás.

—Preferible hubiera sido tenerlo en cuenta ayer. También yo me aburro, sin necesidad de exasperarme con violines. Y considero que es un deporte emocionante el que me ha proporcionado usted.

—¿Sí? ¿En qué, de dónde, y cómo?

Susan Forrest sonrió.

«A ratos, está deliciosa esta criatura», meditó, contrariado, Cradock.

Dijo:

—Su sonrisa es ambigua y cortante como el filo de una «*Gillette*». ¿Qué deporte emocionante le he descubierto?

—Cierta vez fui invitada a cazar el zorro en una mansión británica. No me divertía, pero resultó muy emocionante, porque inesperadamente, creyendo seguir la huella de la jauría, me extravié y mi caballo se encabritó ante un jabalí.

—Esta clase de caza no la practiqué, y por eso tendrá que perdonarme si me falla la agudeza mental requerida en el contrato.

—Le contraté para cazar un zorro, y usted levantó un jabalí. ¿No le extrañó nada en la actitud de la policía con usted?

—El sargento Morrison estuvo inteligente, y en cuanto al inspector Douglas, no le vi. En realidad, y puesto que de ello habla, supuse que me someterían a un interrogatorio cerrado, pero me tuvieron dos horas esperando, y me soltaron.

—Yo le proporcioné la mejor de las coartadas.

—No me diga…

—Digo. ¿No le demostré estar al corriente de su paseo a Oakland?

—Es verdad. Usted envió a un espía. ¿Y qué?

Susan Forrest se levantó, y en una mesita pulsó uno de los botones de lo que parecía un estuche de nácar.

Explicó:

—Va a oír la explicación de la actitud del inspector Douglas.

2

El hombre que entró, pelirrojo, de rostro triangular y mefistofélico, hubiera servido para ilustrar gráficamente un cuento donde apareciera un diablo vestido con moderno atuendo.

Tenía en el rostro una expresión de malicia satisfecha:

—Le presento a Curt Seldom. Un detective privado, sin igual en el arte de seguir y no llamar la atención. Y posee iniciativa.

—¿Cómo está usted? —saludó el recién llegado.

—Voy tirando. Entonces, ¿es éste el hombre que me pisaba los talones ayer noche?

—Por suerte para usted, Cradock. Explíquelo a su modo, Seldom, a menos que el señor Cradock quiera interrogar.

—El señor Cradock no quiere interrogar, porque tiene la sensación de ser un títere. Y usted maneja los hilos, señorita Forrest. Bien, amigo, usted dirá.

—La señorita Forrest contrató mis servicios por mediación del secretario Benson. Se trataba de seguir paso a paso cuantos diera el hombre que Benson me señalaría. Benson le señaló a usted ayer noche.

—Fui a cenar al «Alberghо», y después cogí el «*Ferry*» de Oakland. Y le felicito, amigo, porque con esta pelambrera tiene doble mérito pisarme los tacones. No me diga que usó peluca.

—De noche, un buen sombrero y saber aprovechar los accidentes del terreno, según se presentan, basta.

—¿Qué accidente aprovechó en el cuarto piso?

—Permanecer primero en la escalera, pero asomé y le vi muy dispuesto a no cejar en sus llamadas. Deduje con mi sagacidad profesional, que usted entraría. Debía pues cerciorarme de si había posibilidad de demostrar mi iniciativa. Bajé al tercero, y encontré la salida para casos de incendio. Es de una sencillez aplastante subir por una escalerilla, cuando se va provisto de licencia y puede justificarse el empleo de una entrada habitualmente al servicio de escapes. No todas las casas ofrecen esta ventaja. Aquélla, sí.

—¿Usted subió por la escalerilla… mientras yo llamaba?

—Esto voy a demostrarle. No soy corpulento, pero sí bastante engañoso.

—No lo pongo en duda. Es usted interesantísimo, Seldom.

—Gracias. Verá como sí… Al llegar al balcón, pensé que realmente la suerte era excesiva conmigo. Estaba abierto. Entré. Un cuarto a obscuras, otro medio a obscuras, y oí un rápido acercar de pasos. Me disimulé como pude, y me sorprendió lo que siguió. Un ruido cómo de silla derribada…

—Yo la tiré contra un cortinaje…

—Y el individuo cuyos pasos me habían alertado, que estaba agazapado, como si quisiera jugar al escondite conmigo, pero dándome la espalda, lo cual me permitió deducir que también quería espiar, empujó muy suavemente la puerta y disparó una sola vez.

—Contra mí…

—Apenas disparó, se dispuso a efectuar una retirada estratégica. Cerró la puerta, desde fuera, penetrando en la sala para mí invisible hacia la que había, disparado. Normalmente, hubiese acudido a fisgonear, pero se oyó el silbato callejero. Mí reflejo fué sagaz. Bajé

la escalerilla a una velocidad muy superior a la que debió estimular las piernas del que, con su disparo, había suscitado el eco del silbato callejero. El dilema era de los que deben resolverse en el acto: yo cobraba para seguirle a usted, pero la policía oficial estaría ya cerrándole a usted el paso. ¿Cobraba para seguir al que disparó? No, pero le seguí. Es un vicio.

—Virtuoso. ¿Quién era el maldito canalla que quiso comprometerme torpemente?

Curt Seldom miro a Susan Forrest, que intervino:

—Seldom, cuando comprobó dónde se alojaba el que había disparado, vino a verme. No era imprudencia, porque sabía ya cómo se llamaba. La imprudencia hubiera sido telefonearme. Quería saber hasta qué punto me interesaba proteger a un hombre mezclado con disparos en piso ajeno.

—Su conciencia es muy profesional, Seldom. Otro individuo de la especie corriente, habría ido a la policía.

—Yo soy de una especie muy corriente, Cradock. Trabajo para quien me paga, primero, y después atiendo mis propios impulsos. La señorita Forrest me encargó averiguase, llevándome en su coche hasta la casa del barrio refinero. Fué fácil. Era el inspector Douglas el que llevaba la investigación, encargándose de las primeras indagaciones el sargento Morrison. La señorita Forres fue a visitar al inspector Douglas.

—El inspector Douglas estuvo muy amable. Le expliqué que debido a un contrato privado existente entre usted y yo, le había hecho seguir por el detective Seldom, el cual acababa de volver a montar la guardia ante un «Medio-Pavo» del barrio del Mercado. La expresión «Medio-Pavo» me la tradujo Seldom[1].

—Sigo sin conocer a mi agresor.

—Lo despertó el inspector Douglas acompañado por Seldom. Usted es más expresivo, Seldom.

—El conserje del hotel facilitó la llave de la habitación contigua, y por el cuarto de baño pasamos a la que ocupaba el pistolero. Douglas demostró ser rápido, porque el brusco despertar de Buddy Jackson resultaba poco acogedor. Reducido a la inmovilidad, pasó Buddy Jackson a comisaría. Me admitieron como testigo esencial. Buddy Jackson negaba con un vigor acorde con su bestial fortaleza. Pero Douglas vale. Le sacó la verdad.

—No conozco a ningún Buddy Jackson.

—Ni él conoce a usted. Su explicación fué sencilla, tras dos horas de insistir. Le habían pagado para hacer entrar en razón a Coleen Ward. Esta amiga de Cora Wilder opinaba que un tal Andrews «Slim» Hamilton era un granuja.

—¡Y Hamilton envió a un matón para aterrorizar a Coleen!

—Así fué, pero el matón no sabía que en uno de sus argumentos, al empujar a Coleen, la nuca de ésta encontraría una repisa. El choque fatal para la nuca de Coleen Ward, ocurrió a las nueve aproximadamente. Buddy Jackson se sintió perdido. Admitió que tuvo que refrescarse la cabeza, beber un trago, y ponerse a reflexionar. Telefoneó desde el mismo piso, a varios lugares, con la esperanza de encontrar a Hamilton, pero era su noche mala. Tenía que huir, y se dedicó a buscar dinero y cuanto hubiera de valor. En esta tarea le sorprendió una llamada a la puerta.

—Yo.

—Pensó no abrir, pero después concibió un plan que supuso ser la plasmación del crimen perfecto. Abrió, echó a correr, y disparó cuando usted estaba en el estudio mirando el cadáver. Tiró a matar, aunque pretende que sólo tiró a quitarle el sentido. Salió y le vió tendido. Colocó entonces su «Colt» limpiando la culata, en la mano de Coleen, y salió volando, convencido que era un Napoleón del crimen. Había ido a convencer a Coleen que si no obligaba a su amiga Cora a opinar que Hamilton era un dechado de perfecciones, las pasaría mal. La repisa convirtió en crimen lo que era simple matonismo.

—¿Y Hamilton? —inquirió, ansiosamente, Cradock.

—Eso es lo peor. Con su huida, se ha comprometido, y aunque la policía opina que Jackson se encuentra apurado para demostrar que no recibió la orden de matar. Es lógico: sí Hamilton sólo le ordenó amedrentar a Coleen Ward, ¿por qué se esconde? Ésta es la pregunta que se hacen el sargento Morrison y el inspector Douglas.

—¿Y usted?

—¿Contesto la pregunta, señorita Forrest?

—Lo haré yo por usted, Seldom. Gracias, y prosiga en lo que tiene entre manos. Gracias, Seldom.

—También se las doy, amigo.

—No me las debe. Es a la señorita Forrest. Buenas tardes.

Ya se había ido el pelirrojo detective, cuando Rusty Cradock, dejando la copita en que se había servido el licor de naranjina, opinó:

—Excelente licor, Susan. ¿Cuál, es el próximo movimiento que usted imprimirá a los hilos de esta marioneta, su seguro servidor?

3

—Debe comprender que si le contraté es porque tengo gran interés en lo que por ahora escapa a su agudeza mental. Me pareció que usted reunía las adecuadas condiciones, pero era un contratiempo su desafortunada visita al piso de Coleen Ward.

—Iba a visitar a Cora Wilder.

—El inspector Douglas está indagando si en el pasado hay una concomitancia entre usted y Hamilton. Opina que lo que provocó la huida de Hamilton fué oír mencionar su nombre. Cora Wilder es sincera según el inspector Douglas, al reiterar que nunca oyó nombrar a Hamilton a ningún amigo llamado Cradock. Ni tampoco a Coleen Ward.

—¿Qué opina, Seldom?

—Que si Coleen Ward y Cora Wilder no le conocen a usted, su visita era para indagar dónde estaba Hamilton. Si Hamilton fuese su amigo, sigue diciendo Seldom, no llevaría usted once meses en San Francisco sin haberle visto.

—Muy listo el amigo Seldom.

—Si le interesa tanto Hamilton…

—Me interesa primero su interés, señorita Forrest. Gracias por haberme sacado de apuros. ¿Tuvo que dar fianza, o bastó su solvencia moral?

—Se amarga con masoquismo, Cradock. Yo puedo parecerle la antítesis de la deliciosa, humana, femenina y sencilla Chiara, pero si obrara con rectitud, no desorbitaría nuestra relación. Me sobra dinero, y le contrato. ¿Es humillante esto?

—A ratos, cuando me habla así, no lo es. Bien, perdone mis supuestas ironías, Susan.

—Déme una prueba de que ni soy su tirana ni es usted un asalariado rencoroso.

—¡Ahí va! Usted, para sus fines, necesita ridiculizar a Emerson.

Yo, para poder respirar a gusto, necesito… matar a Hamilton. Y ahora, ¿puedo tomar un sorbo de *scotch* con soda? Me hace falta, porque hay repentinas sinceridades que le dejan a uno con la garganta como papel de lija.

Susan Forrest, al otro lado del mueble-bar, se escanció el licor de naranjina. Bebió a la vez que Cradock.

Y cuando ambos depositaron sus copas vacías, dijo ella:

—Créame que lo siento; no quería… Bien… Tengo su promesa leal de que atenderá mis intereses. Si esta tarde, después de haber sido usted visto en compañía de Chiara, le vieran conmigo. Frederick Emerson podría sospechar algo extraño. Considero pues preferible que vuelva a entrevistarse con Chiara. Si es preciso, vaya con ella a Reno. Termine primero con ella…

—¿Cómo?

—Me extrañaría mucho que Chiara no se decidiera a emplearle como violín.

—Ya. Soy a pelota que va de raqueta en raqueta. El resultado final de la partida, lo ignoro. Pero creo adivinar que Chiara está halagada al ver que por amor propio, Freddy se siente primitivo. Y usted… es un enigma. Bien, iré a Reno si es preciso, puesto que hasta tengo coche.

—Puede estar seguro de que… su revelación con respecto a Hamilton, ha quedado entre nosotros. Y ahora, no se ofenda si para los gastos, le entrega Benson unos dólares.

—¿Hasta dónde debo llegar con Chiaretta?

—Hasta que Frederick Emerson le considere a usted un odioso perturbador de su prestigio social.

—Hay indicios de que ya me considera un odioso sujeto. Buenas tardes, Susan.

—Espero que pronto habrá ganado usted el primer combate.

—¿Combate? Me lo encuentro todo servido y calentito. Para mí no es un deporte emocionante.

Bajo el pórtico, aguardaba Noah Benson. Dijo:

—La señorita Forrest me ha dicho una cifra. Le felicito, señor Cradock.

Rusty Cradock cogió el sobre, lo estrujó al ponérselo en el bolsillo, y estuvo unos instantes contemplando al atlético Benson.

—¿Me felicita? ¿A santo de qué la enhorabuena?

—La señorita Forrest estaba en lo cierto al afirmar que era usted el hombre que necesitaba. Buenas tardes, señor Cradock.

Al volante, y dejando atrás la escalinata donde el coloso sin pesadez, parecía esperar perder de vista el coche, Rusty Cradock se reprochó un exceso de imaginación.

Los amables ojos de Noah Benson… ya no eran amables.

Era grosera su suposición. Una dama como Susan Forrest… sólo podía considerar como un mueble más al negro secretario.

Aparcó el «Minerva» dos plazas, ante su hotel. Era un títere. Ni siquiera sabía dónde vivía Chiara Amalfi. Tendría que esperar a Diño. El listín…

Se detuvo. Dos individuos se acercaban a él. Uno de ellos mostró un carnet.

—¿Es usted Rusty Cradock?

—Sí.

—Comisaría federal. Venga con nosotros.

Rusty Cradock subió al coche señalado por uno de los dos acompañantes. Se sentó junto a un tercero, que ya esperaba. De los dos primeros, uno se colocó al volante; el otro, a su lado.

Era natural que aquellos muchachos fueran taciturnos. Se desquitarían preguntando después.

«¿Qué relación tiene usted con Hamilton?» «¿Para qué…?» Dijo de pronto, al durar demasiado el recorrido:

—Por ahí no se va a Oakland. Ésta es la carretera del sur…

Se calló. En cada costado sentía una presión molesta y elocuente.

CAPÍTULO VII

«FUIMOS SOCIOS»…

1

Los tres miraban al frente. El conductor, por razones de elemental prudencia. Los otros dos, porque les bastaba saber que entre sus dos pistolas emparedaban al que manifestó:

—No es preciso ser rudo conmigo. Soy un buen chico. Tanto es así, que respetuosamente os seguí cuando me enseñasteis un carnet. Nos acostumbran, desde niños, a considerar suficiente la invitación hecha con mala cara y exhibiendo placa o carnet…

—Si se calla, se ahorrará saliva para luego, que la necesitará, Cradock —dijo el de la izquierda.

—Y si usted me aparta el punto de mira de las costillas, estaré más cómodo. Es absurdo. No dispararían, puesto que me llevan a no sé dónde para hablar…

—Salvo si usted mismo prefiere morir. Sería, también una buena solución, aunque él prefiere llegar a un acuerdo.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Lo verá pronto, Cradock. No sea impaciente.

Eran tres tipos decididos. No cabía duda. Y lo tenían bien cogido. Podía intentar la agarrada al cuello del conductor. Pero no le convenía a aquella velocidad.

El «Studebaker» se internó por la tercera carretera, la del sudeste. Conducía al hermoso valle de Los Encinares, pero no le parecían hermosos los parajes solitarios que a trechos atravesaba la

carretera.

Debía haber transmisión de pensamiento entre seres dispuestos a desafiar los riesgos, porque el mismo que antes había hablado, advirtió:

—No cometa una imprudencia, Cradock. No tenemos orden de liquidarlo, y nos gustaría evitar esta responsabilidad. Si cree que le damos el paseo, aquiete el temperamento. Allí, en aquella granja, cuando, el coche entre en el garaje, sea como dijo, un buen chico. Resultará beneficioso para todos. No somos pistoleros, aunque circunstancialmente lo parezcamos… y si es preciso, y no se aviene usted a razones, lo seremos.

—Vaya… Su amabilidad es tranquilizadora, amigo.

—Usted ha perjudicado un negocio importante, en el que tenemos importantes participaciones.

El coche penetraba ya por el sendero que terminaba en una explanada ante los dos caserones y el cobertizo, bajo el que inmovilizó el «Studebaker».

—Baje con prudencia, Cradock —invitó el de la izquierda, tras apearse. Llevaba la diestra muy abultada en el bolsillo…

Rusty Cradock bajó. Empezaba a adivinar…

El que había conducido abrió una puerta, que daba acceso al cuerpo principal. El tercero, se colocó tras Cradock. Avisó:

—No nos obligue a golpearle, Cradock. Quédese quieto cuando… le hable él.

—Palabra que me quedaré quieto, muy quieto amigos.

El corto pasillo desembocaba en rústica sala-comedor.

No comía, pero sí bebía y con avidez, el único habitante de la granja de Los Encinares: Andrews «Slim» Hamilton.

2

Rusty Cradock prefirió mirar la distribución inteligente de sus tres acompañantes. Uno a dos pasos, a su izquierda; el otro, a igual distancia a su derecha; el tercero, casi sobre sus tacones.

Andrews «Slim» Hamilton ya no merecía su apodo. No tenía nada de flaco. La prosperidad había redondeado su anatomía… Estrelló el vaso contra la pared al ponerse en pie, volviendo la espalda. Y así habló:

—Fuimos socios, y dejamos de serlo, Rusty. Estos tres son mis socios. Llevamos la pescadería y el transporte. Si me hundo, la policía meterá las narices en el negocio, y no nos interesa. Los libros sólo los arreglamos al tiempo debido.

—Impuestos —aclaró, a espalda de Cradock, una voz.

—Burlar el fisco lo hacen muchos, y mientras no haya escándalos todo va bien —indicó otro—. Usted nos complicó el negocio, Cradock.

—Dejen hablar a mi antiguo socio, amigos míos. Si querías entablar tratos comerciales conmigo, «Slim», pudiste llamarme mucho antes. Hace muchos meses que regresé de Europa.

—Hice las cosas de modo que a tu regreso no te perdieras, Rusty. Llámalo cinismo, aunque yo lo califico de error. Me dijeron que habías muerto en Montecassino…

Se calló Hamilton. Rusty Cradock se limpió las manos sudorosas, en los codos… Atrás le advirtieron:

—Muévase lo menos posible, Cradock. Estamos todos nerviosos.

—Y cruzado estoy de brazos. Se trata de un negocio, ¿no? La policía anda buscando a «Slim», y éste, con su incomprensible huida…

—¡Tú sabes por qué huí! Me dijeron que estabas esperándome…

—Pero «Slim»… te lo decía un policía. ¡Ah, caramba! ¿Pensaste que era un policía de pega, como tus socios actuales? Y después, ellos te dijeron el lío en que te encontrabas. Pero era fácil. No tenías más que ir a la policía.

—Iré a la policía contigo, Rusty. Y sabrás por qué huí. Yo ignoraba que el salvaje de Jackson… ¡Vendrás con nosotros cuatro a la policía, Rusty! Tendrás que decirles que… me buscabas para matarme.

—«Slim»… parece mentira. ¿Yo, matarte?

—Borré todas mis huellas de la ciudad, trasladándome a Oakland. Me informaban de tus búsquedas. Yo sabía que tu carácter no perdonaría mi equivocación…

—Tuviste tiempo para repararla, cuando te escribo carta tras carta, sin recibir respuesta. ¿Tus socios conocen nuestra amistosa alianza?

Intervino el de atrás:

—Hamilton le creyó muerto. Después… reconoce que le fué

imposible evitar la tentación… Es deplorable, pero usted ha de olvidarse de sus amenazas. Por desgracia, Hamilton rompió y quemó sus cartas.

—Y no tiene pruebas. Me necesita. Tengo que ir a la policía, y decirles: «Hamilton huyó porque yo había jurado matarle. El pobre está ahora atribulado. No sabía que el salvaje de Buddy mataría a Coleen Ward». Y si aparece sin mí, pueden pensar que es un cuento. Que él ordenó a Buddy que matase. Dicen que está muy enamorado de Cora.

—Abreviemos, Cradock. ¿Cuál es su parte…?

—Ustedes no pintan nada, ahora. Matarme no solucionará, sino que empeorará la situación. Este cerdo me necesitaba, pero la policía me preguntará por qué quería matar a este cerdo. Nos despedirán con palmaditas como a chicos malitos. Y volveré a perderte de vista. ¿Qué me importan vuestros pescados podridos, vuestros camiones y vuestros libros falseados? Ahí está el cerdo que hizo lo peor que puede hacer un hombre: abusar de la lealtad de un amigo. Y mes tras mes, sólo pensaba yo en una satisfacción… Me la estás dando, «Slim». Dependes de mí. ¿Cómo voy a decirles a los policías, que yo quería sangrarte? ¿Qué pruebas hay de nuestra asociación? Ninguna. Entre tú y yo no cabían documentos. Éramos amigos de la infancia, casi hermanos. ¿Recibos entre nosotros?

—¡Abrevie, Cradock! No se da cuenta… Si detienen a Hamilton, someterán a revisión unos libros que hasta ahora pudimos llevar en buena forma, eludiendo el fisco en un porcentaje elevado. Estamos dispuestos a darle una razonable cantidad.

—Perder la fe en la amistad, volverse un amargado, no vivir ya más que convertido en un… inútil, sólo pensando en matar a un canalla, ¿qué precio tiene? ¿Cuánto vale?

—Deje a un lado los sentimientos, Cradock. Estamos dispuestos a pagarle una cantidad razonable. Diga una cifra, y no habrá engaño. Firmaremos pagarés, y usted, al trocarlos por dinero efectivo, entrará en posesión del documento en que reconoce complicidad al callarse el fraude al Estado.

—Burlar la ley de impuestos al fisco, tengo leído que cuesta un montón de años y una multa equivalente al total del capital invertido. ¿Es así, «Slim»?

—No investigarán hasta no dar con Hamilton. Piénselo bien,

Cradock. Nosotros tres salimos de la nada, y tenemos ahora una situación adquirida laboriosamente. No nos importan sus rencillas personales. Si se mantiene en esta actitud, Cradock…

—Hay una solución sencilla. Muerto Hamilton… ¿verdad, «Slim»?… muerto tú, no investigarán los negocios. ¿Lo han pensado, socios? Muere Hamilton, desaparece… Quemadlo con cal o con ácido sulfúrico… y mientras lo buscan, tenéis tiempo, de arreglar los libros. ¿Verdad, «Slim»? Vuélvete y verás como tus tres socios están meditando… Si nos liquidan a los dos, les sigue funcionando la sociedad. El dinero justifica todos los crímenes… Te tiembla el cogote «Slim». Echaste grasas, y ahora las vas a sudar… Fuimos socios, «Slim». Y creo que vamos a terminar socios en este último negocio. A tiros, no. Pueden oírse. Un par de toques de culata…

Rusty Cradock se tiró al suelo de un modo muy particular. Rebotando sobre las palmas de las manos, y proyectando hacia atrás los pies.

Le dió resultado con uno, porque oyó el crujido de huesos faciales, pero a la vez, se abalanzaron sobre él, los otros dos.

Intentó girar a un costado, pero estaban prevenidos. Logró conectar un rodillazo, recibiendo a cambio un puntapié en el pecho…

Su cabeza chocó contra el suelo. Se revolvió con fiereza, empleando pies, rodillas, puños y frente…

Le pasmó la repentina quietud, después de aquella cacofonía de imprecaciones, mobiliario derribado, insultos y resoplidos…

Permaneció sacudiendo la cabeza, para despejarse sentado en el suelo, reclinado hacia atrás, con las manos apoyadas de plano por soporte.

—¡«Slim»…! ¡«Slim» ha escapado! —gritó, despejado del todo.

Le costó ponerse en pie, pero cuando lo consiguió apoyado en la mesa derribada, como un boxeador medio «groggy» que se mantiene en vertical, gracias al poste de su esquina, ya no le pareció un payaso el que imitaba perfectamente los contoneos de una tropical rumbera.

—Hamilton y sus tres socios, esposados, Cradock. Un servicio gratuito de la agencia Seldom, y de la amistad. Es agua sobre el cogote, Cradock —oyó, estremecido por la ducha helada—. Verá

cómo después todo lo ve clarísimo. Todo muy claro. El que baila es Conradino, y el que le remoja la sesera es Curt Seldom… ¿Va empezando a comprender, Cradock?

Capítulo VIII

«CARENCIA DE SENTIDO PRÁCTICO»

1

—No, no comprendo. ¡Deja de menearte como una mulata con retortijones, Dino del demonio! Estoy ya bastante mareado… Ya va bien la ducha, Seldom. ¿Otra vez le pagó ella para seguirme?

—Me paga para encontrar a Hamilton, desde esta madrugada. Hice cábalas. Hamilton y Cradock. Espiemos a Cradock, y puede que encontremos a Hamilton. Le veo a usted seguir a dos tipos, y meterse en un coche, que lleva matrícula de Oakland, pero no es de la policía. Voy a meterme en su «Minerva» y me asalta Conradino, que es rápido en sus explicaciones. Le esperaba a usted, y huele que no son policías los del «Studebaker», que seguimos hasta que penetran en la carretera sudeste, la tercera. Telefonazo a la comisaría de Oakland. Contacto con inspector Douglas. A su vez, Douglas contacto con comisaría de Encinares. Agentes motoristas no deben parar, sino controlar paso del «Studebaker», negro, modelo «Standard 12», matrícula
8866-OA-7.
Sacándole el máximo al «Minerva» llegamos Conradino y yo, cuando cuatro rurales y dos motoristas, a pie, estaban tomando posiciones, interviniendo a tiempo. Debieron oír lo suficiente, porque esposaron rápidamente a los cuatro socios, así los llamaron, y si mira por esta ventana, verá al rural y un motorista. Le esperan a usted, para declarar.

—Liquidación de la sociedad. Siempre hay imponderables, Dino.

—Siempre —dijo, sentenciosamente, el napolitano.

2

El comisario rural fué menos sentencioso, cuando entró en su despacho Rusty Cradock.

—Siéntese y espere la llegada del sargento Morrison.

No tardó el sargento Morrison, que entró compulsando el folio tercero, recién escrito a máquina.

—Buenas tardes, Cradock. Carece usted de sentido práctico. Le ofrecían dinero para que no se disolviera la sociedad, y usted prefirió incitarles al crimen, suicidándose. Tal es la declaración de los agentes de la Ley. Y en poco estuvo que obtuviera su propósito. Ayer pudo decirme que buscaba a su amigo Hamilton para cargárselo.

—Son cosas difíciles de decir, sargento.

—Le veo todo mustio. No se desespere. Hamilton saldrá dentro de unos siete u ocho años, según se enfoque su incitación a Jackson. Si no le consideran autor moral de homicidio involuntario, ocho años casi seguros por reiterado fraude al Fisco. Vamos al grano, Cradock. ¿Qué motivo le inducía a querer matar con tanto ahínco a su amigo «Slim», que hasta ofrecía a cambio su propia piel?

—Fuimos al colegio juntos. ¿Se da cuenta que es enternecedor? Lo compartíamos todo. Merienda, sellos, cromos y confidencias. Trabajábamos en seguros, y nos dábamos unos lotes de andar por la comarca. Llegábamos a veces a sitios abandonados del tráfico civilizado. Así fué como compré, por cincuenta dólares, un pozo a un buscador de agua en el Mohave, en el sector donde no la hay. Estaba desesperado el buscador, que había ya gastado su dinero en un pozo de unos treinta metros. Tuve un capricho, y en vez de horadar hacia abajo, abrí una galería lateral. Me aburrían los seguros. Quise hacer ejercicio. Y salí nadando. Fui a comunicárselo a «Slim». Lo vió, vaya si lo vió. Era la liberación, la fortuna. Bastaría buscar un préstamo para construir la tubería de acarreo a terrenos que necesitaban agua. Yo busqué el préstamo, sobre mi póliza de seguro. Yo encontré el agua, yo conseguí el dinero para la tubería, yo arrimé el hombro, y «Slim» llevaba el papeleo en el caserón.

Había demandas al por mayor. Sacaríamos miles y miles. Un chorro continuo. Pero nos iban a secar el pozo, con el alistamiento, si salíamos los dos hacia el frente. Nos sortearon por petición conjunta. Me tocó a mí. El quedaba libre de servir, pues que se presentó al sorteo voluntario. Nuestra despedida fué conmovedora. «Cuando vuelvas serás millonario, Rusty». Yo le escribía a su pensión de Frisco. Al principio me respondía. Miles y miles se amontonaban. ¿Oyó hablar de Montecassino, sargento?

—Hubo mucho jaleo.

—Dice «Slim» que me dió por muerto. Y vaya si me dió por muerto. No contestó a mis cartas. Cuando llegué y pregunté por el pozo, me enteré que Andrews Hamilton lo había vendido, incluida tubería, naturalmente. Casi en nada… Exactamente ochenta y seis mil dólares, más los beneficios acumulados, pongamos unos doscientos mil. Y había desaparecido. Yo no tenía nada escrito. Hasta el recibo de haber pagado cincuenta dólares al buscador, lo tenía Hamilton. Ésta es la historia.

—Carece usted de sentido práctico, Cradock. Y lo debía saber Hamilton, cuando se escondía. También le resultaría molesto separarse de un centenar de miles. Le citaremos cuando se vea la causa, Cradock. Es testigo esencial en los dos asuntos: homicidio y secuestro. Cuando vaya a declarar, será cacheado… como todos los testigos esenciales… y ex combatientes de su temple. Celebro haberle conocido. Aún quedan hombres que carecen por completo de sentido práctico en California.

3

—Es carecer de sentido práctico, Clara. He argumentado sensatamente. Nos vamos a Reno, y tendrás una pensión mensual suficiente, hasta que contraigas nuevas nupcias.

—Es inútil, Freddy.

—Ten presente que si persistes en mostrarte en público con un sujeto a todas luces inmoral, puedo obtener un divorcio que será fallado contra ti, perdiendo por lo tanto la pensión que estoy dispuesto a otorgarte.

—Hablamos un lenguaje muy distinto, Freddy. Tú siempre piensas que todo se resuelve con tu cuenta corriente. A mí me gusta

el dinero como a cualquier ser humano, pero hay algo por encima de esta tentación. Devolverte la afrenta.

—Pero ¿qué afrenta, Clara? Fui leal, y si dejé de amarte, tu culpa tuviste. Eres excesivamente complicada. Nuestros caracteres son opuestos, y fué preferible la solución que te di.

—Yo no quería divorciarme…

—Y por esto, separé nuestras habitaciones. Tú en esta casa, yo en otra, era motivo suficiente para el divorcio, según la cláusula de «abandono de hogar», a tu favor.

—¿Para poder pronto casarte con tu «Venus Chismosa»?

—Lo hemos discutido mucho, Clara. Susan es venusina, pero no merece su segundo apodo. Tiene la valentía de ser sincera, y eso le ha valido…

—¡No la defiendas! ¡Fuera, fuera…!

—Contén tus nervios, Clara. No tenemos por qué enfadarnos. Reflexiona, y dame cita, a otra hora. Pensarás en tu conveniencia. Si te comportas mal, perderás todo. Piensa en ello… Volveré a la hora que me digas, y nos pondremos de acuerdo.

Ella, vuelta de espaldas, dijo pausadamente:

—Reflexionaré con sentido práctico. Vuelve a las siete. Tendrás mi respuesta, Freddy.

—Gracias, querida. Eres una buena chica. Hasta las siete, en punto.

4

—Lo más urgente era esto. Cambiarme de traje. Y aplicarme un poco de embrocación. La felicito por su nueva y amable intervención, señorita. Forrest. Cuando el conserje me telefoneó que usted esperaba en el vestíbulo, despaché a Dino, y me apresuré a volar a su encuentro.

—Volemos sobre cuatro ruedas. Me llevará a The Mission, y puntualizaremos su programa… Nuestro programa de colaboración.

—A la orden.

Abandonó Cradock el vestíbulo, emparejándose con la que al pasar provocaba un cabeceo masculino donde las ojeadas parecían objetivos fotografiando en veloces disparos.

Al volante, Rusty Cradock sonrió:

—Es un fenómeno inexplicable que se haya usted podido conservar soltera e indemne.

—Le digo lo mismo recíprocamente. Cuando se cree usted cáustico, suscita deseos de lesionar su soltería y físico.

—Pero nos diferencia, el hecho de que usted es una pobre millonaria, y yo un rico pobretón.

—Ya sé que el dinero para usted no cuenta. Estuve hablando con el inspector Douglas. Se pasma de que pudiendo obtener una reparación importante de Hamilton en dinero efectivo, usted…

—Hay mercancías sin valor. Por ejemplo, perder la fe en la amistad, nos hace considerar sin valor las ofertas del culpable. Pero este asunto ya acabó… hasta cuando salga Hamilton de entre rejas. ¿Por qué ha habido cambio de programa? El cometido era seguir en el ataque contra Emerson, a través de Claretta. Por cierto, y no lo atribuyo a mi potente fascinación, Claretta parece muy dispuesta a encolerizar a Emerson. Todo se me da demasiado bien. ¿Dónde está la trampa?

—Usted y yo, por dos motivos distintos, somos dos desconfiados.

—No me diga… ¿Es que usted teme que un hombre se le declare locamente enamorado, pensando en sus millones? Vista harapos, y colóquese en una esquina vendiendo cerillas, y habrá cola de guapos millonarios con la licencia matrimonial en la mano.

Ella rió sin alegría.

—Intenté algo parecido. No vendía cerillas, pero en Nueva York me empleé como dependiente. Obtuve numerosas ofertas de pisito con todos los accesorios, menos el legítimo de la licencia matrimonial.

—Habría algún ofertante que no podría ofrecer un piso si no lo compartía legalmente con usted.

—Resultaban vulgares. Sólo veían en mí a la mujer hermosa…

Miró ella por el espejo retrovisor, pero Cradock conduciendo, no esbozó mueca irónica, sino que dijo:

—No hay inmodestia, Susan. Usted nació con tres defectos: riqueza en la cuna, hermosura y «agudeza mental». Un combinado que la conduce a encontrar difícil el disfrutar de la vida, sencillamente.

—¿Conoce usted esa asignatura?

—Ahora que Hamilton está fuera de mi alcance, reanudaré

prácticamente mi teoría. Oiga, Susan… ¿no podríamos rescindir el contrato?

—¿Por qué?

—Yo necesitaba dinero para seguir en mi búsqueda de Hamilton que sabía esconder sus huellas, y no tenía otro pensamiento. Ahora, podré buscar trabajo normal.

—Debo indicarle que si bien nuestro contrato es de índole privada, hay constancia de determinados préstamos a cuenta…

—Cierto, y son escrúpulos desplazados. Hablemos, pues, del programa de festejos organizados en honor de
«Frú-Frú».

—Me causa extrañeza su actitud, Cradock. No es deshonroso lo que está usted haciendo. Y además, usted no aprecia a Emerson.

—Será por solidaridad masculina. Ver a otro, aunque sea Emerson, haciendo el ridículo, no me agrada. Y sobre todo, ir a ciegas.

—¿A ciegas?

—Yo ignoro las costumbres de la alta sociedad. Pero si Emerson tiene la intención de casarse con usted, será porque usted se lo ha hecho suponer. Entonces, ¿a qué diablos quiere usted ridiculizarlo? Si no le quiere… Bueno, mire, no sirvo para solventar los problemas de la sección del consultorio sentimental… sobre todo mediando una pobre millonaria. Y usted, aunque los disimule, tendrá sus sentimientos, ¿no?

—Quizá más de lo que imagina. Sólo que no alardeo de ellos.

—Expansionarse es sano, y es medicina que usted no ha probado. Encuentre una amistad… Bueno, es verdad que no soy el más apropiado consejero. ¿A qué ha obedecido su cambio de plan? Antes, cuando le informé del resultado de mi primera toma de contacto con Chiaretta, dijo usted que si Freddy me veía a renglón seguido, en la envidiable compañía de Susan Forrest, podría recelar alguna trampa.

—Era una idea equivocada, porque al aparecer Freddy, bastará que usted haga alusión a Nápoles. Es su modo de vengarse, y como tiene usted las físicas condiciones aptas para suscitar enamoramiento en una napolitana ardiente, y en una fría y extravagante millonaria…

—Pobre Freddy. Casi me da pena, pero no se apure… Cumpliré

mi parte en el contrato. Pero no tenemos a Dino al alcance, para que telefonee.

—No será preciso telefonear. Freddy tiene por costumbre venir a buscarme hacia las siete y media. Se encontrará con usted en mi envidiable compañía… muy correctos los dos. Después… bastará con que usted sonría. Freddy no lo resistirá. Le advierto que pertenece a varias sociedades deportivas.

—Pero era de Intendencia. Yo pertenecía a la sociedad deportiva de la infantería de desembarco, carreras a pie y «agárrate y suéltate como puedas». El que sobrevive está capacitado para exasperar y aguantar el ataque de
«Frú-Frú».

Capítulo IX

«PERDER EL BARNIZ»

1

Frederick Emerson entregó su sombrero al que acababa de abrirle la puerta. No tenía por costumbre fijarse en los rostros de los componentes de servidumbre.

Pero sabía interpretar toses discretas. Se detuvo cuando se dirigía hacia el saloncito.

—¿Sucede algo, Adams?

—La señora tiene visita, señor.

—Bien, ¿y qué, Adams? Hasta este mismo momento le consideré un ejemplar servidor, pero acaba de cometer una gran torpeza. El hecho de que la señora tenga visita, no me impide verla.

—La señora me ordenó que cuando llegase el señor, dijera que estaba ausente, pero recibo mi salario del señor.

—¿Dónde está ella?

—En el saloncito del piso superior, señor.

Frederick Hamilton subió rápidamente las escaleras. ¿Otra vez aquel odioso sujeto del «Gipsy»? ¿Qué pretendía ella? ¿Sacarle de quicio? Era absurdo. Sólo podía perjudicarse ella misma.

Oyó cuando llegaba al rellano, una risa molesta.

En determinadas circunstancias, Chiaretta Amalfi tenía un modo de reír desagradable para quien lo oyera desde lejos.

Una risa honda, que parecía surgir de su fondo más íntimo… Frederick Emerson cometió una indelicadeza. Se aproximó al

saloncito, pisando leve. Sentía sonrojo en sus mejillas…

Oyó la cálida voz femenina:

—… Porque ya tengo acompañante para el viaje a Reno. Aunque eres muy convincente, muy convincente…

Frederick Emerson irrumpió.

La vió en los brazos de un hombre, que estaba vuelto de espaldas.

—¿Estorbo? —interrogó, trémula de furor conteniendo la voz.

Chiara Amalfi tenía el rostro estático, y pareció despertarse de un arrobo deleitoso. El abrazo se hizo más apretado…

Ella asió la cabeza del hombre, susurrando:

—No, no quiero que te pase nada, no…

Frederick Emerson perdió el barniz de civilización. La actitud ahora burlona y ofensiva de la napolitana, lo era doblemente ante la pasividad del otro.

Se abalanzó asiendo por el cuello al individuo, zarandeándolo a la vez que increpaba:

—¡Da la cara, canalla!

Ella convirtió en grotesca la escena, al asirse, desesperadamente, en su abrazo al individuo, y Emerson, ansioso de acabar con aquella humillante situación, forzó al máximo sus músculos…

Retrocedió de pronto, horrorizado… mirándose las manos, alternativamente, mientras ella chillaba estridentemente…



—Una mujer muerta no podía disparar...

El hombre cayó, pesadamente, como un pelele roto…

Los chillidos se hicieron coherentes, y Frederick Emerson perdido todo control, sólo quiso huir, alejarse de aquel saloncito, horrible escenario donde la perversidad de una mujer y la pasividad de un hombre, acababan de convertirle en un criminal.

No recogió el sombrero que le tendía Adams… ni oyó nada. Estaba al volante de su coche, y seguía oyendo la horrible

acusación:

—¡Lo has estrangulado! ¡Lo has matado, Frederick!

2

—Es él —dijo Susan Forrest.

A través de la cristalera vió Cradock el coche conducido por Frederick Emerson, describiendo el semiarco antes de detenerse.

—Casi puntual. Son las siete y veinte. Debe acudir en alas de su amor. Bien, espero que quedará contenta de mis servicios, señorita Forrest. Cuando me lo propongo, hasta yo mismo me resulto antipático.

Ella vertió, lentamente, el licor de fresa, en la copa, al alcance del diván en que se sentaba.

Rusty Cradock, a dos pasos de distancia, con un rictus de contrariedad, recitó su parte en el contrato, porque oía los pasos acercarse apresuradamente:

—No puede negarse a escucharme, Susan. Comprendo perfectamente que usted lo posee todo, pero…

Se detuvo Cradock, mirando al que entraba.

Era lógico que se demudara el semblante de Emerson hasta tal extremo, que parecía estar a punto de desmayarse.

Hay sorpresas desagradables…

—Hola, Freddy. ¿Conoces al señor Cradock?

—¡Susan! Necesito hablarte a solas; es urgente…

—Sírvale una copa de tónico al señor Emerson, Rusty. La necesita. Te he presentado al señor Cradock, Freddy.

—El señor Emerson ya me conoce. Esta tarde, casualmente, me invitó a almorzar en el «Gipsy». Pagó la cuenta muy gentilmente. Está usted algo blancuzco, Emerson. No pensé que el volvernos a ver, le hiciera perder su barniz aristocrático.

Frederick Emerson se desplomó, sentándose. Alzando su copa, dijo Susan Forrest:

—Te comportas de un modo raro, Freddy.

—Echa a este hombre, Susan; te lo suplico…

—Un momento, amigo.

Avanzó Cradock, hasta quedar frente al hombre sentado.

—Está usted algo grosero, amigo.

—En efecto, Freddy, te comportas groseramente.

Frederick Emerson se cubrió el rostro con las manos. Rusty Cradock sintió algo parecido a desencanto y pena. Esperaba un buen intercambio de lindezas verbales, recursos musculares… y se encontraba con un hombre al cual la sorpresa de verle con Susan Forrest, le quitaba toda reacción viril.

—No se achique, Freddy.

Tuvo Rusty Cradock que acudir a su rencorcillo de soldado de infantería…

—Cuando era usted el comandante
«Frú-Frú»,
allá en Nápoles, juré que algún día, usted no sacaría tanto el pecho. Ya se podrá explicar ahora, por qué le estoy pisando sus senderos.

Entre sus manos, murmuró Emerson:

—Váyase, Cradock… Váyase, o no respondo de mí…

—Ya empieza a carburar como un hombre. Pero hay una dama presente, Freddy. ¿Quiere continuar la conversación fuera?

Frederick Emerson se levantó. Miraba a Susan.

—Te lo suplico, Susan. Dile a este perdonavidas que se vaya.

—¡Freddy! Me asombras…

Rusty Cradock había asido la corbata de Emerson.

—¿Pretende exasperarme? —inquirió el ex soldado, haciendo acopio de muy mala fe.

—Se lo ruego, Cradock. Déjeme a solas unos instantes con Susan, e iré a buscarle dentro de unos minutos.

—Una petición tan gentil no puede rechazarse. Le espero en el jardín. Hay sitio sobrado, Emerson.

Apenas Cradock salió, Emerson cerró la cristalera.

—Me has defraudado, Freddy. Has estado grosero y acobardado.

—¡Calla, Susan! Vengo… ¡No me importa Cradock ahora! ¡Acabo de matar a un hombre!

3

Susan Forrest miró, atónita, al que a su lado, fue explicando:

—Fué vergonzoso. Estaba citado a las siete con Clara, para solventar, definitivamente, nuestro divorcio… Adams pretendía impedirme el paso. Me dijo que ella le había ordenado decirme que

estaba ausente. Estaba arriba, en los brazos de un hombre. Se reía, me hacía escarnio… No pude contenerme, exasperado al ver que ella se abrazaba aún más ofensivamente… Quise separar al individuo… Le cogí por el cuello… ¡Es horroroso!

Frederick Emerson miróse las manos con asco.

—Voy a entregarme, pero antes quise que supieras… No maté por celos… Te he jurado y es verdad, que hace tiempo que dejé de querer a Clara, hacia la que sólo me llevó una atracción, fuerte como el vino que uno no está acostumbrado a beber…

—¡Freddy! No es posible…

—Es a ti a quien quiero, a ti a quien siempre quise… Por esto, antes de entregarme, he querido que supieras que no fué por arrebato celoso… Fué un accidente. Yo sólo quería separar a aquel cobarde, que al entrar yo… añadía escarnio… ¿Me crees?

—Debes ir cuanto antes a presentarte, Freddy.

—Sé que tendré atenuantes, pero el escándalo…

—No pienses ahora en esto. ¿Quieres que vaya contigo, Freddy?

—No. Me sería muy desagradable tener que contestar a las preguntas del ayudante de fiscalía delante de ti. Todo ha pasado tal como te he dicho. ¿Me crees?

—Sí. ¡Pobre Freddy! Esa mujer ha sido tu perdición.

—Si cuento con tu afecto, Susan, todo me parece más soportable.

Abandonó la sala. Susan Forrest corrió hacia la cristalera, y abriéndola, llamó:

—¡Cradock!

Rusty Cradock interrumpió su paseo por el jardín, acudiendo.

—No espere a Freddy. Entre… Ha sucedido algo horrible. Freddy acaba de matar a un hombre.

—¡Ostras! La Intendencia invade terrenos ajenos. No me diga…

—Sorprendió a un hombre con la extranjera maldita. Vino a verme, porque quería que yo creyera en que no mató por celos. Mató accidentalmente, porque el hombre no se defendía…

—Bien. Ya ha conseguido lo que se proponía, Susan. Usted quería un hombre ridiculizado, y se encuentra con un ridículo homicida. La Prensa es cruel aquí, con los maridos estranguladores, sobre todo, existiendo el divorcio.

Repiqueteó el teléfono, y ella asió la filigrana, escuchando un

instante. Replicó:

—… Acaba de anunciarme su voluntaria presentación a la oficina fiscal, señor comisario.

Volvió a escuchar unos instantes…

—… No. No me ha dicho quién era… ¿Cómo?

Estaba tan sorprendida, que colgó antes de decir:

—… Gracias, señor comisario.

Miró a Cradock.

—El hombre estrangulado era un conocido de Freddy. Frecuentaba los mismos círculos. Se llama Frank Lindsom. El comisario Gleason tiene ya el testimonio de Adams, y quería saber si estaba aquí Freddy. ¿Qué le pasa, Cradock?

Había algo de sorpresa, también, en el rostro de Cradock.

Preguntó:

—¿Frank Lindsom? Me suena… No sé de dónde.

—Es de una familia muy conocida en la ciudad.

—Las familias conocidas en la ciudad, me son desconocidas. ¿De dónde me suena Frank Lindsom?

—Quédese aquí hasta que regrese, Cradock. Tengo que saber lo que opina el fiscal del distrito.

—Esperaré.

4

—Es beneficioso para Emerson, créalo, señorita Forrest. Si aceptáramos la fianza, la Prensa se nos echaría encima. Con la espontánea confesión de Emerson, y el testimonio del mayordomo Adams, podemos elevar el atestado a causa, y la vista puede tener lugar en breve, ya que Emerson en espontánea declaración se ha constituido como detenido, negándose a presentar demanda de fianza y libertad provisional.

—¿Ha sido interrogada ella…?

El fiscal del distrito, asintió.

—¿Podría yo enterarme de la declaración de ella?

—No es documento secreto, señorita Forrest. Puedo, si quiere, entregarle copia de cuanto ha sido declarado. En cierto modo, tiene usted derecho a ello. Un consejo, si me lo admite: Entrevístese con el defensor elegido por Emerson. Si usted en la vista de la causa,

declara… En fin, es labor del defensor. Como acusador, repudio la acción, y trataré de obtener una severa condena. Como hombre y particularmente, lamento la triste obcecación del que debió sobreponerse. No tardarán en entregarle la copia del atestado, señorita Forrest.

5

Susan Forrest colocó su bolso sobre la mesa, después de sacar unos folios doblados.

—Perdone si le he hecho esperar, Cradock. Me entregaron una copia del atestado, y me entrevisté con el abogado defensor.

—No se preocupe por mí. En cuanto a Emerson, con un buen abogado, saldrá bien de su primitivo delito.

—Hay un aspecto desfavorable para Freddy. Insiste en un punto, que ella ha declarado muy distinto. Freddy dice que Lindsom no repelió el ataque. Ella dice que Lindsom atacado por la espalda, intentó defenderse, pero que brutalmente, Freddy no le soltó hasta la asfixia. El defensor dice que si puede obtener una retracción de esta declaración por parte de ella… no prosperaría la tesis fiscal que hará resaltar con tonos desfavorables que Freddy mató por la espalda. Alevosía.

—La alevosía no me parece acordar con el carácter de Freddy. Déjeme echar un vistazo al atestado. Simple curiosidad.

Ella paseaba nerviosamente, y Cradock, cuando hubo terminado de leer, comentó:

—Es usted un misterio precioso, Susan. Antes me contrata para ridiculizar a Emerson, y ahora padece… ¿Teme al ridículo en que su novio estrangulador la deja?

—No entiende nada… ¡Nunca dejé de querer a Freddy! Pero quería verle humillado, que sufriera lo que yo sufrí… No lo entendería, usted no lo entendería.

—Intente iluminar mi obtusa y roma mentalidad.

Se irguió ella.

—Usted reconoció que era incapaz de resolver la sección del consultorio sentimental, y menos de una pobre millonaria. Sírvase indicarme la cifra y le firmaré el cheque, en concepto de indemnización y cese de nuestro contrato.

—Otro día, Susan. Cuando esté usted más tranquila. Ya vendré. Buenas noches.

Ella no replicó, ni insistió Cradock. Sabía cuándo una mujer estaba a punto de llorar, y prefería ausentarse.

CAPÍTULO X

«UN AVION…»

1

En el bar del hotel. Rusty Cradock volvió a una costumbre olvidada, desde los tiempos de frente. Apuró uno tras otro, tres «vermuts», legítimos italiano.

Le abriría el apetito. Y también le entonaría… Solicitó:

—Otra copa con lo mismo, para mi amigo.

Conradino Arbiroyan se encaramó en el taburete.

—¿Qué tal la millonaria?

—Hecha papilla.

—¿La has seducido sin contrato?

—A tu salud, Dino.

Elevó Cradock la copa, chocándola con la del napolitano.

—Tienes como fiebre en los ojos, Rusty.

—Son los cuatro vermuts que acabo de soplarme. Vamos a cenar, Dino, ¿o has cenado ya?

—Repetiré, si insistes.

—No tengo aún mucho apetito. Vamos a llevarnos una botella a mi cuarto. Planearemos algo para esta noche.

—Excelente idea. A ello.

En el cuarto, quitándose la americana, Dijo Cradock:

—Ponte cómodo, Dino. Creo que voy a pillar una borrachera.

—Estás tétrico. A lo mejor, te has enamorado sin esperanza de Susan. O te abruma ver que todas se te rinden.

—A tu salud, Dino —y Cradock apuró su quinto vermut—. Es legítimo. Suave, aterciopelado, engañoso… Legítimo.

—Tú aguantas mucha bebida, Rusty.

Se sentó Cradock al otro lado de la mesita, que el napolitano había colocado en el centro de la habitación, con la botella y las dos copas.

—Tiene gracia, Diño. ¿Sabes lo que le ha pasado a Susan? Quería un novio en ridículo, y se ha encontrado con un novio estrangulador.

—¡*Vulpetta*! ¿Qué estás diciendo?

—Emerson está enjaulado, convicto y confeso. A propósito, tiene que ver la cosa con Chiaretta… ¡*Oh, mía dolce Chiaretta*! Emerson encontró a Chiaretta con un hombre. Lo estranguló. ¡Ya está! Se acabó mi contrato.

—Pero… ¿de qué estás hablando, Rusty? No me harás creer que se te ha subido el vino a la cabeza…

—No lo pretendo, Dino. Pero hiciste mal en engatusarme.

—¿Yo?

—Me dijiste esta mañana que habías echado un vistazo al Registro Civil, para enterarte del lugar de nacimiento de Claretta. Pero el domingo los Registros Civiles están cerrados, salvo para inscribir defunciones, nacimientos y bodas. No dejan consultar.

—Lo consulté ayer por la mañana, Rusty.

—Ayer por la mañana no sabía yo nada acerca del contrato ni de Claretta. No debes mentirme, Dino.

—Bien, bien… Me entrevisté con ella, y le expliqué la cosa. Así facilitaba la labor. ¿Te has enojado conmigo Rusty?

—Contigo no puedo enojarme. Tú a mí no me odias.

—¿Por qué iba yo a odiarte, Rusty?

—Porque soy yanqui… como lo era Frank Lindsom… y lo es Freddy Emerson.

Conrado Arbiroyan dilató los ojos.

—Rusty… Has bebido demasiado.

—Pero mañana se me disipará la borrachera. Bebamos otra ración. ¿No sabes lo que he pensado? Ir a visitar a Claretta… y retorcerle el cuello.

—Acuéstate, Rusty. Te traeré sal de frutas. Despeja mucho.

—Hasta mañana a las nueve, salen algunos aviones. No te gustan los aviones, Dino. Pero si buscas en mi bolsillo, encontrarás unos cientos de asquerosos dólares. Déjame que te invite a coger el

avión hacia el Canadá, por ejemplo. Junto a los billetes creo que está mi pistola... Sí, has de cogerla, Dino... Yo tendré que alegar que me amenazaste con la pistola... Sí, has de cogerla, Dino... Tuve que dejarte coger el avión...

Conrado Arbiroyan se pasó la diestra por la cara, lentamente, apretándose los rasgos faciales...

Susurró:

—Yo te aprecio, Rusty, de veras...

—No lo dudo, no lo dudo. Y yo también. Anda, coge del bolsillo el dinero y la pistola.

—No, Rusty. Si quieres me voy... Dime que me vaya, Rusty.

—Te quedas, Dino, hasta que me aumente la borrachera. Voy a perder otro amigo. Que tengas suerte, aunque los policías yanquis tienen el brazo muy largo. Lo comprendo todo, Dino..., pero creo que no debiste asegurarte la futura tranquilidad a costa de un inocente. Frente a frente, sin apoyos, Dino. Yo mañana te denunciaré. Puedes coger la pistola, Dino.

—¿Contra ti, contra ti, Rusty? No podría, aunque fuera para salvar mi cabeza. No podría.

—Cuando salgas de aquí, huye pronto, porque iré a visitar a Claretta. Ella no debió hacer lo que hizo. Tú tienes para mí, perdón. Ella no. He ido atando cabos. Ella odiaba a Emerson, que hacía vida por separado, que quería divorciarse, para casarse con Susan. ¿Le propusiste tú la canallada, o fué ella?

—Mitad y mitad —susurró, con los párpados entornados, el napolitano—. Es difícil de comprender el carácter de Chiaretta... para un yanqui. Le humilló ser despedida como una criada a la que después de usufructuarla, Emerson consideró inservible ya. Emerson creía que todo puede comprarse...

—Déjalo, Dino. Si hubieras matado, sin complicar a otro, yo mismo me iría contigo. Tienes perdón.

—¿Cómo averiguaste...?

—El apellido Lindsom, me suscitaba un vago recuerdo. Muy indeciso. Hasta que recordé. Fué en las operaciones preliminares de Montecassino. Lo oí comentar. Unos decían que el aviador Lindsom se extravió; todos aseguraban que estaba bebido. Le hicieron un proceso, por «error» en alcanzar el objetivo previsto por el mando. El aviador bombardero Frank Lindsom dejó caer la carga donde no

debía. Sobre un poblado sin importancia… Algo así como Monfiore…

—Monferrato.

—Eso es Monferrato. ¿Dónde naciste, Dino? Creo que me dijiste un día que tu armenio padre se enamoró de tu napolitana madre en Monferrato.

—Sí.

—La anciana que gesticulaba aquella vez en el campamento…

—Mi napolitana madre.

—Si te duele hablar, dejémoslo.

—Vino a decirme que yo era un traidor, porque estaba con los asesinos de tres Ghisberti. Mi madre se casó por segunda vez. Por esto en la lista de bajas no figuran los tres Arbiroyan, sino tres Ghisberti. Un muchacho de diecisiete años, y dos chicas. La menor era muy graciosa. Ocho años… muy aprovechados. Parece ser que no encontraron de ella más que…

—Déjalo, Dino. Yo comprendo con menos detalles.

—Yo le dije a la vieja: «Es la guerra, *mamma*». Pero luego me enteré. Un aviador artillero, borracho o idiota… Sí, lo habían procesado, y estuvo a punto de ser fusilado. Terminó la guerra en una prisión militar. Fué indultado. Era de la división californiana. Pero yo no te cogí afecto para poder venir a California, Rusty.

—Lo sé.

—No bebas más, Rusty; no bebas más. Es nuestra despedida. Yo me iré, y si me cogen, mala suerte. No me desprecias, ¿verdad, Rusty?

—Si me… si me lo hubieses pedido, hasta yo mismo hubiera sido capaz de ayudarte… No debiste matar y hurtar el bulto.

—La vida es sucia, pero se le coge cariño. Pensé morirme cuando supe que la pequeña se había convertido en trocitos más menudos que las paredes de nuestra choza… Y ya ves, sigo viviendo.

—Chiara no tenía tus razones.

—Conocía a Lindsom. Lo llamó, y él vino. Hacia las siete menos diez. Tardó cinco largos minutos… Soy pequeño, pero fuerte, y lo sabes… Le cogí del cuello, y poco a poco…

—Sin detalles, Dino. Abrevia.

—Cuando terminé, ella volvió. Cada vez que pasaba por el

corredor Adams, ella reía. Después, cuando llamó Emerson, estaba ella poco dispuesta a abrazar un cadáver. Yo le di la solución. No le vería la cara, si la apoyaba en su hombro… Debería aferrarse a él.

—Si Emerson se hubiera dado cuenta…

—Hubiese yo tenido que intervenir. Una lucha entre los dos, ¿comprendes? Sé entrar y salir sin ser visto.

—Pues hazlo ahora, Dino. Llévate el dinero y la pistola. Ambas cosas pueden servirte. Iré a darle un mal despertar a Claretta. Puedes llevártela contigo para evitarlo.

—No. Ella no es buena, Rusty. Es perversa. Atrajo fríamente a Lindsom… Es perversa.

—Escribe entonces, Dino. Diré que te arranqué la confesión escrita, y que de pronto me cogiste la pistola…

—Te comprometería un buen policía. ¿Por qué te interesa que Emerson salga bien?

—Por Susan.

—Escribiré… Para ti, a tu dirección en este hotel. Con sello urgente, Rusty. Podrás darle el mal despertar a Claretta. Es perversa. Dejó que yo matara a Lindsom… pero tapándose la cara, y metida en su alcoba. Después… su risa era cruel. A ti no te miento, Rusty. Cuando me confiaste tu obsesión, te cogí más afecto. Los dos veníamos a saciar un afán…

—Convertiste un afán de castigar a un hombre, en sucia venganza, Dino.

—Claretta y yo congeniamos. Cuando le hablé de Lindsom, y que yo estaba buscando el medio de liquidarlo sin comprometerme, ella me demostró que odiaba infernalmente a los yanquis. Yo no… Yo sólo odiaba a Lindsom, pero en él condensaba todos los odios humanos.

—Emerson no te había hecho nada. En fin, me costará acostumbrarme a no verte más, Dino. Tus payasadas me entretenían. A tu modo, eras valiente. Me hubiera gustado tener un hermano como tú. Y ahora, por no haber confiado en mí… Yo tal vez te hubiera disuadido, como tú intentabas disuadirme de matar a Hamilton. Ya no tiene remedio. Si te cogen, te llevarán a la silla eléctrica. Vete… Hay salidas al Canadá, a Columbia, antes de la medianoche.

—No me gustan los aviones. Me iré por otro lado, hacia el sur. A

Méjico y al centro. Haré dinero, y llamaré a mi vieja. No es tan vieja, ¿sabes? No tenía los cabellos blancos, cuando estaba en pie su choza, y discutía con sus tres Ghisberti. Fué de la noche a la mañana. Es la guerra… Voy abajo. Escribiré. Te traerán la carta. No me desprecias, ¿verdad, Rusty?

—Me esfuerzo en despreciarte, y no puedo. Es la amistad, Dino, la guerra y la amistad. Anda, bebe otro trago. Mientras, iré a tumbarme un poco. Este vermut pega, pega fuerte.

Conrado Arbiroyan esbozó un gesto. Tendía la mano, pero Rusty Cradock fué a tumbarse boca abajo, en la cama.

Arbiroyan se encaminó hacia la percha, y extrajo del bolsillo de la americana de Cradock, la pistola y los billetes.

Contó el total, e hizo dos partes iguales, guardando una. La otra volvió a dejarla en el bolsillo de su amigo.

Miró hacia la cama. Cradock seguía boca abajo. Ondeó el napolitano en gesto indefinible, la diestra.

Cerró con fuerza la puerta, al salir.

2

La doncella que fué a llevar la carta con sobre del hotel, regresó diciendo que su destinatario la había cogido, gracias a que ella la colocó en su mano.

Rusty Cradock estaba completamente ebrio, dijo la doncella. El conserje opinó doctoralmente que esto le podía suceder a cualquier hombre de bien, y que mientras no organizara escándalos, y durmiera su exceso, el señor Cradock era un honorable ex combatiente.

Rusty Cradock no estaba borracho, pero consiguió, por fin, conciliar el sueño.

Había prometido no recuperar su personalidad normal hasta las nueve de la mañana.

3

—No te asustes, Chiaretta. Soy yo, Dino.

Se removió ella en la cama. La tenue luz sonrosada de la

lamparita de noche, esfumaba vaporosamente los contornos de la que, sentándose, susurró:

—Estás loco, Dino. Habrían podido verte entrar.

—Vete recogiendo lo que valga la pena y no haga mucho bulto. Hay que sacudirse el polvo de esta tierra. Si nos amanece, vamos a la silla eléctrica. No es recomendable la electricidad en fuertes dosis *mia cara*. No digas nada, y vete haciendo lo que mejor te convenga. Rusty acaba de hacerme unas preguntas extrañas. Ha recordado a Lindsom. Le dejé borracho, pero mañana, al despertar, irá seguramente a la policía.

Ella tembló, echándose sobre los desnudos hombros, el embozo.

—Huir es necio, «lazzaroni». La policía no puede relacionar a un Arbiroyan con los Ghisberti.

—Rusty sabe que mi vieja se casó por segunda vez.

—Ha venido el abogado defensor de Freddy. Pagará lo que yo le pida si rectifico mi declaración de que Lindsom intentó defenderse. Ya me he vengado, y ahora quiero dinero.

—Freddy te ofreció una buena pensión, y la rechazaste.

—¡De él no iba aceptar dinero, como una criada a la que se despide! Ahora ya está hundido moralmente. Si nos quedamos aquí, hasta recibir el dinero…

—Existe Rusty.

Ella susurró:

—Es un yanqui más, Dino. Está borracho… Tú sabes entrar y deslizarte…

—Sí que es verdad. Te lo he demostrado, y tengo unas manos robustas.

—Nunca pensé que llegase a eso, Dino. No sabes lo que se puede odiar a un hombre, cuando nos desdeña.

—Se puede también odiar a una mujer cuando nos desdeña. Ahora estamos muy unidos, Chiaretta, muy unidos, ¿verdad, *mia cara*? Sé cariñosa con tu perrito estrangulador…

—No debes… estrangular a Rusty. No debe la policía…

—Soy un asesino concienzudo, señora Emerson. Con Rusty emplearé un método de mi extenso surtido. Tienes unos hombros preciosos, Chiaretta. Tendremos dinero en abundancia, y ya encontrarás otro yanqui rico… Tu rostro es incitante en su pura gazmoñería. ¿O es que me tienes repulsión?

—¡Oh, no; oh, no!

—Demuéstramelo. Aún es pronto para ir a terminar con el único testigo de nuestra alianza. Mañana estaremos ya libres. Ahora muy unidos, así, *mia cara*, muy unidos…

4

Rusty Cradock bajó del coche. Ya se sentía desligado de todo contrato.

—¿Tiene la bondad de contestarme una pregunta, Benson?

—Todas las que desee hacerme, señor Cradock.

—La última vez que me miró, no estaba usted amable. ¿A qué se debía, si puede saberse?

—La señorita Forrest no se merece que un caballero la trate rudamente, señor Cradock.

—Es que yo no soy un caballero, Benson.

—Si usted lo dice así… ¿Desea ver a la señorita?

—Si tiene la bondad, comprenderá que prefiero verla a ella, aunque usted no esté de mal ver.

Sonrió Benson, pero Cradock se prometió que en lo sucesivo, sería preferible no ser irónico con Benson.

Cuando llegó Susan Forrest, saludó secamente:

—Perdone la tardanza, Cradock. Buenos días. He tardado en dormir, y no le esperaba tan temprano.

—Las nueve y media es una hora impropia. Tengo un gran negocio, Susan.

—La hora es impropia.

—Depende. Supongamos que yo puedo aportar un testimonio inapelable, con el cual el defensor de Freddy, consiga un gran triunfo…

—¿Consiguió usted que ella… se retractase?

—Más aún. Ayer noche me pareció deliciosa, humana, sencilla y sentimental. Pero como sigo sin comprender por qué me contrató… quisiera que usted me consideraría apto para oír una confidencia. A cambio, le haré otra también importantísima.

Ella se ahuecó los bucles sobre los hombros. Era su gesto cuando estaba nerviosa.

—Tiene usted la expresión del que trae un regalo espléndido,

Rusty.

—Buen golpe de vista, Susan. Ande, cuéntele a su amigo Rusty… ¿Somos amigos, no, Susan?

—Podemos serlo, Rusty.

—No es por curiosidad, créalo. ¿Qué motivó su contrato?

—Freddy y yo éramos novios antes de que él se enrolase. Toda la ciudad sabía que nos queríamos… Que yo le quería mucho, que confiaba plenamente en él. Cuando regresó casado, quiso explicarme lo sucedido. Había sido algo desconocido para él, aquel ardor, aquella sumisión, la dulzura aparente… En otro, lo hubiera comprendido; en él no supe hacerlo. Y fui ganándome el segundo apodo. Después, Freddy me dijo que estaba desesperado, arrepentido. Ella no era mala ni deshonesta, pero él había comprendido que era de distinta clase. Me quería a mí. Volvieron a reírse en la ciudad…

—Los «400» tan sólo. La clase selecta.

—Yo fingí aceptarle. Hacía ya vida de soltero.

—De viudo blanco.

—Debo confesarle que mi intención al contratarle, fué hacer sufrir a Freddy en su amor propio. Como fuera, yo quería que él no siguiera creyendo honesta a la italiana. Él estaba seguro del amor de ella… y del mío. Era preciso quitarle su arrogancia… Y ayer noche me dolió verle tan…

—Tan humano, sencillo y vulgar. Bien, ahí tiene.

—¿Qué es esto?

—Lea.

Ella sacó la carta con membrete del hotel donde se hospedaba Cradock. Leyó, releyó, sonrió, se atufó los bucles, y por fin, exclamó:

—¡Es magnífico! ¡Es horroroso! ¿Por qué no vino antes? ¡Pero, ya habrá huido…! ¡Habrán huido! ¡Hay que avisar al comisario Gleason! ¡No! ¡Quiero ver si la italiana…! ¡Vamos, Rusty! ¡Voy a…! ¡Rusty, eres bueno, eres genial!

—No. Soy humano, sencillo y vulgar. Me gusta más una muchacha enamorada, que una millonaria contratando.

Susan Forrest, perdido todo control, corría hacia el «Minerva».

5

—¿Por qué no vienes conmigo, Rusty?

—Hay una segunda cartita, que luego leerás. Me la envió Dino, y el matasellos señalaba la hora. Dos de la madrugada. Sube tú sola, Susan. El mismo Adams puede acudir si te encuentras a punto de ser arañada, pero deportivamente eres superior a Chiaretta.

Sin objeciones, Susan llamó a la puerta, que le fué abierta.

Clara Emerson bajó tratando de dominar su sensación de triunfante dominio. Venía en bata, y dijo:

—Buenos días, Susan. Me excusarás, pero estaba durmiendo.

Susan Forrest hizo algo muy poco femenino y carente de elegancia. Le había impresionado verlo hacer a un pillete callejero. Escupió torpemente.

Chiara Amalfi retrocedió a tiempo. Brillante los ojos, anunció:

—No debes ser tan humilde, Susan. Si vienes a pedirme que acepte la oferta del defensor, debes ser más humilde aún. Ya sé que quieres mucho a Freddy…

Lo que siguió escandalizó sobremanera al mayordomo Adams, rondando. No podía intervenir…

No necesitó intervenir, porque Susan Forrest era más deportiva. Se salvó con un arañazo y un mordisco.

Chiara Amalfi sin sentido, lo recuperó en un despacho, y ante el comisario Gleason. El practicante policía había retocado los desperfectos del rostro cándidamente hermoso, y el esparadrapo, la «merckcromina», y algún mechón de cabello muy aclarado, afeaban a la que tartajosamente increpó:

—¡Presento denuncia contra…!

—A esto vamos, y tranquilícese. Tengo aquí dos cartas. La segunda es complementaria. Voy a leérsela, y cállese. La firma un tal «Dino», aunque debajo coloca tres nombres: Conrado Arbiroyan, y añade el de Ghisberti. La carta va dirigida al señor Cradock, y fué echada en un buzón de la frontera mejicana.

Desmadejada, oyó ella la voz calmosa del comisario Gleason, leyendo, pero le parecía oír una voz satánica:

«Rusty: Tus preguntas, anoche, iban bien encauzadas, pero estabas bebido. Se lo expliqué a Chiaretta, “mia dolce, mia cara Chiaretta”, exactamente a las once, en su alcoba. Lo vio sencillo. Bastaba con matarte, pero no

estrangulándote, no. A las once y media abandoné su alcoba, llevándome pruebas de sumisión asustada. Me llevé también el cofrecito de sus joyas, las que sólo lleva las noches de gala. Se quedó asqueada pero convencida de que tú no verías amanecer. Es perversa. No es una napolitana de las buenas. ¿Y yo? Yo soy un granuja, y terminaré mal. Pero tú no puedes despreciarme, Rusty. Eres un yanqui de los buenos. Aprovechando tu exceso de libaciones, me llevé tu pistola. En Méjico y Centroamérica, hay muchos rincones donde una pistola es como el cayado para el pastor. Cuando pienso en los míos, también te incluyo, porque eres un yanqui de los buenos. Dile a Chiaretta, que eran besos de muerte los que le di. Es perversa, te lo digo yo. Adiós, Rusty, y que seas dichoso,

»DINO».

»Conrado Arbiroyan, también Ghisberti».

—La primera carta detalla la repugnante confabulación entre usted y Dino. Voy a leérsela… ¡Jackie! Dele vinagre a oler a la sensible criatura. Si se bebe una parte, no le recriminaré, Jackie. El granuja de Dino… caerá, pero tiene derecho a ser llevado con indulgencia a la cámara. Esta mujer, no… ¿Está ya recuperada? Escuche los detalles relatados por Dino a su amigo Rusty… Un granuja que hubiera servido para detective. Explica cómo…

Se interrumpió Gleason. La sarta de maldiciones en napolitano era un torrente incomprensible. Esperó pacientemente:

—Un avión cuyo artillero bombardeó equivocadamente, es el inicio de la confesión de Dino. Le tiene tanto aprecio a Rusty, que confiesa, al verse a punto de ser descubierto… ¡Vinagre, Jackie!

6

Frederick Emerson, al entrar en el coche de Susan Forrest, lo

hizo ocupando el asiento delantero, junto al volante. Ella se colocó atrás, con el mentón sobre los brazos reclinados en el respaldo.

—Buenos días, soldado Cradock.

—Hola, comandante Emerson. Una mañana espléndida…

—Lo es, realmente. Susan ya le ha explicado todo. Yo debería agradecerle con toda el alma… pero las palabras no expresan lo necesario, cuando uno las necesita…

—Creo, Freddy, que estás un poco confuso. Deja, hablar a Rusty. Carece de sentido práctico.

Y Rusty dijo:

—Su futura esposa, alude a indemnizaciones, a responsabilidad contractual, y a otros términos comerciales, para encubrir el obsequio de unos cuantos miles. Reconozco que el dinero es tentador, pero de una dama como lo es Susan, me ofendería. Ahora bien, usted iba a pagar una crecida minuta a su defensor. En nombre de Dino…

—¡… Infame tipo!

—En nombre de Dino, que me instituyó su defensor, va usted a pagarme los malos tragos que he pasado, jugando al galán. Tengo entendido que posee usted un negocio de cafetales en Centroamérica. Yo puedo ser un capataz muy capacitado. Págueme el viaje en avión. Yo no les tengo aversión a los pájaros metálicos. Y un anticipo de medio año, a descontar escrupulosamente. ¿Qué flores prefiere, Susan? ¿Azahar, jazmines…?

—La costumbre exige un beso a la novia, de sus amigos. No inspira celos en el novio.

Aplicó ella los labios, en los de Cradock. Frederick Emerson sonrió:

—Llevaré el volante, Rusty. En mi casa, firmaremos el contrato.

7

Rusty Cradock ondeó la mano hacia la tierra que se empequeñecía. El avión con escala en Tampico, tenía en su lista de pasajeros, a otro yanqui más.

Un emprendedor capataz de cafetales centroamericanos, que voluntariamente soportaría la extensa soledad…

Conturbaría su sueño, el recuerdo de un beso. No había sido

fraternal…

Llevaba a su lado el maletín gramola. Puso un disco. La danza favorita del infame granuja…

Algún día vería bailar al infame granuja… si el brazo de la justicia no alcanzaba, como era justo, al escurridizo payaso bailarín estrangulador.

Pero la justicia y la amistad eran dos cosas distintas. Se tocó los labios.

No, no eran fríos los besos de la Venus Chismosa…

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] «Medio-Pavo». Son llamados así los hoteles que sólo sirven desayuno, y dan habitación cobrando cada veinticuatro horas medio dólar. < <